Almanaque
Histórico-Literario

1924

RENÉ JULIÁN BARÚ

HISTORIA Y LITERATURA

Selección de composiciones literarias e históricas especial para profesionales, estudiantes, maestros, escolares, etc.

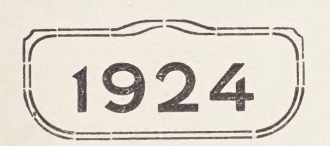
Precio del ejemplar. $

EDITORIAL RODÓ

MONTEVIDEO

1924

ALMANAQUE
HISTÓRICO LITERARIO

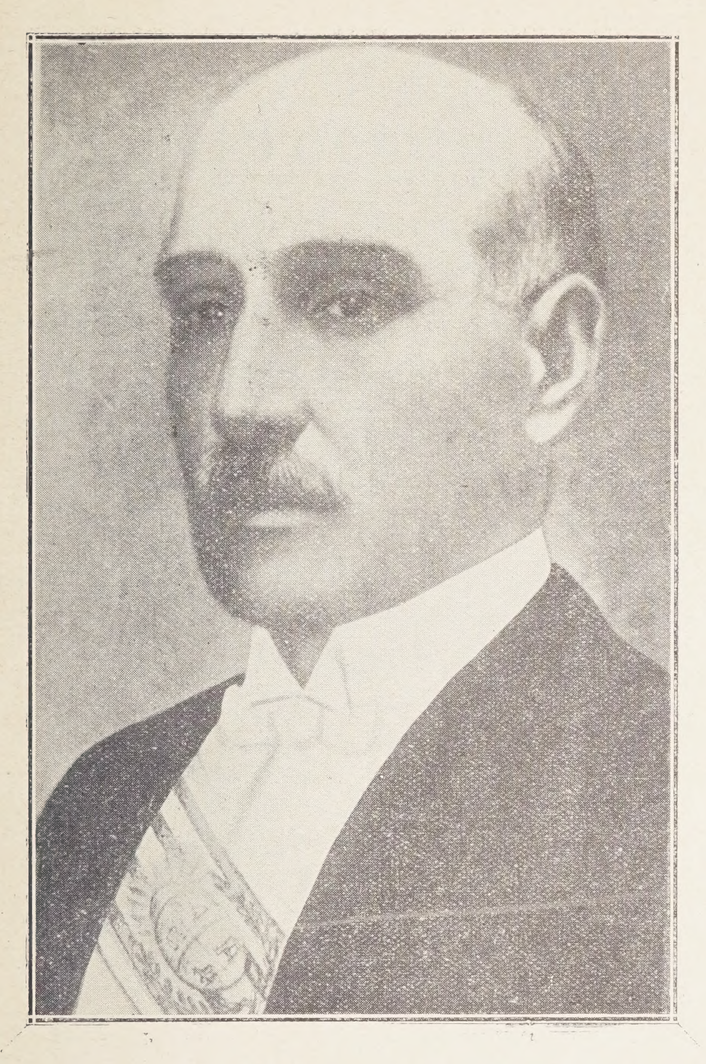


RENÉ JULIÁN BARÚ

DIRECTOR

SANTIAGO DE CHILE, 1231

MONTEVIDEO



Ing. José Serrato

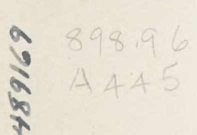
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Proemio

Tengo el placer de saludar, por intermedio de estas líneas, a los distinguidos cultores de las Letras Nacionales y Chilenas y a todas aquellas personas que al prestar su desinteresada cooperación han hecho que el «Almanaque Histórico Literario» surja a la luz pública, pletórico de vida.

René Julián Barú.

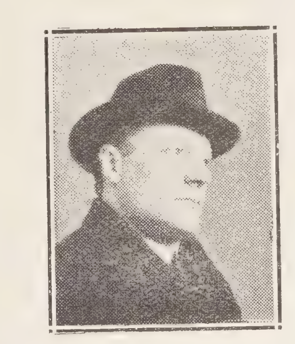
Montevideo, Enero 1924.



Transcribimos aquí, un pensamiento del querido maestro de la juventud americana, que nos ha servido de guía en la preparación de esta obra.

«Grande instrumento de reforma interior es el libro: pero no principalmente por su eficacia intelectual y el poder de convicciones que atesore, sino por su intensidad en el sentimiento y en la imágen; no principalmente por lo que argumenta sino por lo que conmueve; no principalmente por su luz, sino por su calor y su vida, y por lo que hay en él de voluntad subyugante y de la hechicería del corazón; no principalmente por la fuerza propia de la idea, sino por la virtud que la idea, pintada y animada, adquiere para tocar los resortes con que se despierta la emoción y se pro-provoca el movimiento».





Poema íntimo

(Del próximo libro titulado: «Intensidad»).

Cuando siento gran cansancio de mis locos fantaseos,
y he perdido la alegría, la ilusión y la esperanza,
con inquieta pesadumbre,
como si un remordimiento me acosase y me punzara,
yo desciendo tembloroso
al abismo, donde mi alma
la condena de la vida
sufre triste, resignada,
y la digo suplicante, recordando mi abandono:
«—Oh! piadosa, dulce hermana,
que has curado mis angustias, que calmaste mis pasiones,
—¡el amor te hizo tan buena y el dolor te ha hecho tan sabia!—
yo te imploro me perdones la inconsciencia de mi olvido,
por las horas solitarias
que lloraste la demencia
de este ingrato que vagaba,
presa dócil del instinto por el áspero camino
de la realidad bárbara,
sin oír,
tu voz lejana,

emergiendo de la fuente,
donde brotan los suspiros y los besos y las lágrimas,. ..
evadido,
cual un paria,
proseguía la errabunda
excursión, de ideales árida,
aturdiéndome de goces,
huracanes de pasiones levantando con vil saña.
Y ya lejos de tu encanto, como un réprobo verdugo,
lo más noble que creaste, la ilusión, estrangulaba;
y aún convulsa de dolores, arrojéla sanguinario
a las fauces insaciables de esa hiena: la desgracia,
que me sigue tenazmente como sombra de mi culpa
desgarrándome la vida con atroces dentelladas!
Y hoy que torno de mi viaje deplorable, ya vencido
por brutales desencantos, hecho cosa que doy lástima,
siento el hambre nostalgioso de aquel pan que es tu consuelo
y que siempre me nutriera de optimismos y esperanzas!
Vengo enfermo de congoja, del destino señalado
por la cifra más aciaga,
y mi mente delirante,
por la fiebre que la abrasa,
tiene sed
de tu palabra!
Dame un sorbo de tu linfa para alivio de mis males!
¡Dame paz, excelsa hermána!»
Y su voz maravillosa me responde sabiamente,
en lo vivo de la entraña:
— «Turbulenta criatura que el deseo te ha infiltrado
infernales escozores crepitando por tus ansias,
para hacer
de tí un fantasma
de suicidas aventuras, en las noches tenebrosas,
en que el buho pesimista sobre tí tiende sus alas,
y predice tu infortunio
al graznar sus carcajadas;
fuerza ruda de materia te alejó de tu conciencia
con impulsos de una máquina,
y en la aberración
rodabas,

cual si fueras un inhábil extrangero de la vida,
arrojado del Misterio por pasión fatal y trágica
de algún dios
que deliraba
con terríficas visiones en el caos de lo ignoto. . .
Desolado, tu sollozas amarguras y nostalgias,
y detienes ya tus pasos en la senda donde el Sino
te impelía para el hondo fin que es reino de la Nada.
Y el epílogo terrible que presientes te horripila,
y abatido de pesares, como otrora me clamaras,
pides paz, la paz augusta,
y divina más que humana,
porque impera
en las celdas silenciosas de las almas.
Ven y asila tu tristeza, do he mecido tus anhelos,
en lo austero del retiro de esta íntima morada.
Yo te aventaré las penas, te he de restañar tu herida,
y te mataré la duda, cicatrizaré tus llagas.
Sobre el seno
de mi calma,
ven, reclina tu cabeza
de dolor atormentada ».
Y en el pecho de ella gimo mi infinita desventura.
Y me invade dulce alivio cuando me acaricia lánguida;
un ensueño me adormece
como en la bendita infancia.
El olvido va esfumando mi destierro de la Dicha.
Y la fuente de la pena ya no brota ni una lágrima.
Y en lo íntimo del claustro, silencioso de abstracciones,
yo percibo que mi psíquis y la Eternidad se abrazan!

ALFREDO E. MARTÍNEZ.

Exégesis política del 25 de Agosto

Los hombres de 1825 hicieron todo cuanto podían realizar frente a las circunstancias y aún mismo al sentimiento general de la hora. Pero de ninguna manera hemos de confundir su conducta con la «simulación», por más patriótico que se quiera presentar ese oculto designio a que se refiere el doctor Palomeque en un notable estudio sobre la campaña de Misiones, cuando procura interpretar a ese respecto el pensamiento de los Generales Guido y Balcarce, Ministros argentinos, para el ajuste de la Convención de Paz de 1828. — «Recurso maestro de habilidad diplomática» llamó a esa actitud Francisco Bauzá, el más ilustre de nuestros historiadores, pero la diplomacia no siempre fué la simulación. No hubo simulación entonces porque significaba el acto de la Florida un gran paso hacia la emancipación definitiva, una vez rotas las cadenas del imperio que afrentaban a la Banda Oriental con su doble vasallaje; y luego porque ese rasgo de invalorables consecuencias políticas, aún mismo considerado bajo el doble aspecto de luz y de sombra con que lo consideran los hombres del presente que no quieren o no pueden aquilatar aquel complejo y grave momento histórico, aún así mismo tiene la alta justificación de su tiempo.

¿Cuál era el estado social y político de la Banda Oriental en 1825? He aquí, la cuestión. La importancia de nuestro territorio entonces disputado por dos poderosos países limítrofes, territorio que, como lo decía un publicista compatriota, pertenecía históricamente a uno y geográficamente a otro; la génesis de nuestro pueblo, su orígen, su descubrimiento, índole, raza, instituciones, todo esto hay que tener en cuenta para juzgar aquél suceso histórico.

Para comentarlo necesita el historiador que aspire a desentrañar el sentido filosófico que fluye de los hechos, siempre impasible y a veces contradictorio, necesita esas «grandes vistas de conjunto, esas síntesis definitivas», a que se refería Carlos María Ramírez cuando combatía a esos pseudos historiadores que «en vez de apreciar los sucesos y los personajes en el conjunto de la acción, en el mismo medio en que

se agitan, con el criterio que resulta de las ideas, pasiones y necesidades de cada época, hacen correr cada suceso por cuerdas separadas en un orden mental admirable; forman a cada personaje un expediente para fallar su causa según el efecto retroactivo de las ideas morales y políticas que ocupan actualmente las casillas de la inteligencia del «juez».

Y si nosotros, con verdadero criterio analítico, de investigación social aplicada a nuestra historia y no solo por virtud de la compulsa documentaria, nos representamos el medio, las circunstancias, las costumbres de la época, la naturaleza, la civilización, las múltiples influencias extrañas; la contextura social del ambiente sobre el que gravitaron los más encontrados factores de disolución y de anarquía, en aquella provincia de cincuenta mil habitantes casi disgregada antes de surgir a la existencia autonómica con las más vagas, difusas y contradictorias nociones de libertad; cuya sociabilidad rudimentaria era inconciliable con las altas normas legales: la «estancia grande» a que se refería el maestro Araújo, en cuya hondonada se sentía todavía el eco del bárbaro pasaje de los corsarios, los mamelucos, los faeneros y los changadores; aquellos cívicos y abnegados que se contaban con los dedos en los primitivos centros urbanos, no hallaron a su paso ninguna tradición de cultura ya que a esta Banda, no habían llegado siquiera aquella luminaria crepuscular que llegó a Buenos Aires, aquella intelectualidad virreynal, ni tampoco aquella enseñanza gótica que estuvo sometida al contralor del Santo Tribunal; ni comunicaciones, ni comercio, ni producción; la Banda Oriental cuando estuvo sometida a la arbitrariedad personal del caudillo, sufrió la pedantería escolástica del leguleyo peninsular o el maquiavelismo del aventurero, político criollo que compartía sus amores entre la aristocracia porteña y las intrigas de la Corte Imperial; si nosotros nos ponemos en presencia de tales factores, solo entonces llegaremos de una manera seria y científica a sentirnos capaces de juzgar el acontecimiento augural del año 1825.

En tales circunstancias y bajo la presión de la existencia turbulenta y caótica de la provincia, ¿quién osaba pensar entonces en el milagro de su soberanía?

Invadida primero por los portugueses y luego por los bra-

sileños, su cabildo envía en 1823 una delegación encabezada por Santiago Vázquez y Gabriel A. Pereyra ante el Gobierno de Buenos Aires para gestionar la reincorporación de la Provincia Cisplatina a sus otras hermanas del Río de la Plata, y el Comisionado de Buenos Aires en nota dirigida a su Gobierno declaraba que esa reincorporación era por el momento impracticable dada la anarquía en que se debatía esta Banda.

No otra cosa que aquello ambicionaba esta tierra que gemía bajo el yugo del extrangero a quien no la ligaba ningún vínculo de origen, ni la lengua, ni las costumbres, ni los ideales políticos. Nadie pensaba, sensatamente, de manera distinta. Artigas mismo no fué sino el «caudillo» del régimen federal, la única forma que en aquellos duros tiempos podía tomar el sentimiento de la independencia», se ha afirmado con profunda autoridad. Artigas nunca fué más allá en sus propósitos de autonomía que los legisladores de la Florida. Y no fué ni siquiera sus intenciones, porque no era humano que fuera, al punto de que Eduardo Acevedo en uno de sus últimos libros, sostiene que la doctrina artiguista era francamente adversa a la Independencia, ya que solo autorizó el funcionamiento de fuera de la unión nacional, ante el rechazo de las condiciones institucionales, y la necesidad de aplazar el régimen federal. Artigas, en efecto, en sus maravillosas Instrucciones del año 1813, no se refiere sino a la organización de la Provincia y concretamente en sus artículos 10 y 11 no hace sino definir nuestra autonomía provincial. Pese a los alegatos de ciertos comentaristas de las Instrucciones no fué otro el nítido propósito del Jefe de los Orientales. No se trata allí de soberanía de Estado sino de un pacto federativo, tendiente a equiparar a todas las provincias hermanas en derechos y prerrogativas, frente a la autoridad del gobierno central.

Por interés propio no se pudo tentar otro recurso con el objeto de abrir una brecha al despotismo extraño que nos oprimía y tampoco debió pensarse, dada la comunidad de origen entre la Banda Oriental y las otras provincias del Río de la Plata, integrantes de aquel magnífico conglomerado que culminó en 1813 y cuyo fracaso posterior e irremediable debióse, no por cierto al pueblo de Buenos Aires, sino a la acción obli-

cua y suicida de la oligarquía porteña encabezada por García y Tagle, que precipitó sobre la Banda Oriental la invasión portuguesa de 1816.

Disipados estos sucesos y desaparecidos los hombres que los produjeron cuya responsabilidad solo a ellos corresponde frente al dilema de retornar a la tradicional hermandad o de seguir oprimida por las armas del imperio ¿podía siquiera vacilar nuestra provincia? ¿Querían los soldados orientales encontrarse de nuevo con sus hermanos de allende el Río y volver juntos a luchar por la causa común, como juntos habían luchado al día siguiente de Asencio y en campo oriental los orientales todos, Artigas a la cabeza, unas veces al mando del general Belgrano en la Capillá de Mercedes y otras veces en campo oriental los gauchos argentinos al mando de nuestro primer caudillo?

No pisan tierra firme quienes combaten nuestra gloriosa efeméride porque las absolutas en la historia siempre fallan como las absolutas en la vida, pero en ningún país como en el nuestro se aferran tanto a ello cuando se trata de juzgar los hechos pretéritos. Con semejante criterio, los argentinos habrían suprimido ya de sus festividades nacionales el 25 de Mayo del año 10 porque el 25 de Mayo de 1810 estuvo todavía muy lejos el pueblo de Buenos Aires de asegurarse la independencia absoluta al proclamar su solidaridad con el «muy amado soberano señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores», y con semejante criterio histórico, rígido y matemático, deberíamos borrar nosotros también nuestra gloriosa fecha, anterior a aquella y por esto más significativa del 21 de Setiembre de 1808 que rememora nuestra primera «revolución emancipadora fundada sobre la voluntad popular y sobre la igualdad de derechos entre los pueblos de América y Europa, como la base para el establecimiento del gobierno propio, independiente de las autoridades del Virrey Español» y tendríamos que borrarla, señores, porque en ese movimiento, también se reconoció al señor Fernando porque así debió ser, a pesar de la vocación democrática de nuestro pueblo como transacción ineludible con aquellos recios peninsulares en cuyo patriotismo rebelde habían establecido el consorcio fatal de la libertad y del Rey.

Montevideo, 1922. JOSÉ G. ANTUÑA.

Vibraciones

Para el «Almanaque Histórico Líterario».

Atomo soy del mundo: mi vida es una nota
Que en el concierto arcano de los espacios flota
Perdida en los inmensos himnos de la creación:
Pero, una nota joven, que, palpitante vibra
Siempre sembrando ensueños, latiendo en cada fibra,
Buscando entre las cumbres el sol de su pasión.

Sin miedo a las espinas del ríspido sendero,
Ni a los punzantes dardos del enemigo artero
Jamás las tempestades mi nave han de vencer:
La vida se me ofrece para que la fecunde,
Y, por doquiera vaya, mi espíritu difunde
Fulgores de ideales que no han de perecer!

Sé que es mi cuerpo escoria donde la muerte escarba
Hasta agotar mis dìas, como una hambrienta larva,
Y sé que de mi cuerpo ni el polvo ha de quedar:
Mas, al llegar la muerte se me abrirá la gloria ...
¡La muerte es el gran paso que lleva a la victoria
Al alma, en la que puso el mismo Dios su altar!

Solo a la muerte temen los que buscando flores
Esquivan los senderos poblados de dolores,
Sin sueños, sin ideas, sin ansias de un laurel
Que dé frescura eterna a la abeja divina
Que, plena de los rayos de lumbre peregrina,
Vertiendo va en las almas áureas gotas de miel.

El que, a merced de torpes supersticiones medra,
El que en el agua es lodo y en los senderos piedra
Y en las alturas humo de estéril vanidad,
Ese, verá a la muerte con lívidos espantos ...
¡Su vida fué árbol yerto, sin frutos y sin cantos,
Y su alma fué una estrella sin luz de idealidad!

Mas, cuando el alma emprende, visionaria, inspirada,
Hacia todas las cumbres magnífica cruzada,
Y baja a las llanuras, embriagada de luz,
Ni envidia el vuelo al águila, ni la miseria advierte:
Su ideal es más potente que el odio y que la muerte,
E infúndenle más bríos los brazos de la cruz!

Aunque hija de este siglo sin fé, desde su oscuro
Rincón, mi alma se adhiere, como la hiedra al muro,
A una fé que me nutre de un licor maternal:
A una fé que da nobles vuelos al pensamiento.
Que es venero de ardores, de luz, de movimiento,
Y que pone en mis venas un latido inmortal.

¡Excelsa fé en la idea! Madre de los arrestos
Viriles: soberana de los gallardos gestos
Que abren entre las sombras la luz del porvenir...
Y esa fé es tan profunda que recorre y abraza
Los cimientos gloriosos que sostienen la raza,
Y esa fé es tan sagrada que no puede morir!

¡La Idea! ¿Qué me importa que el mundanal azote
Sobre mi frente caiga, llamándome Quijote
De un siglo, cuyos cantos son ruidos de metal,
Si más que esos denuestos ha de vivir mi ensueño,
Y he de encontrar al mundo para mi fé pequeño
Y a Sancho, entre gusanos, veré en el lodazal?...

¡Oh Idea! Eres un puente de orbe a orbe extendido,
Por el que pasa el Genio, como Mesías venido
A este valle de sombras, a dar luz y a vencer...
¡Oh Idea! Entre los surcos del tiempo y de la historia
Sembrando vas los gérmenes de inmarcesible gloria...
Tu sol entre los siglos jamás se ha de poner!

Por la idea, alma mía, sé cual girón de aurora
Que enseñe a los que sufren la senda redentora,
Que muestre a los que luchan el ara del honor;
Y sé como un oráculo de la vida futura
Para elevar al hombre, proscripto de la altura,
De nuevo hasta las cimas radiantes del Tabor!

Enróscate, aunque sufras, al árbol de la idea:
La lumbre que en tu verbo, cual astro, centellea
Ha de alumbrar el cáliz de las noches sin fín.
Y mientras corre el mundo tras lúbricos desvelos,
Te elevarás purísima, cual diosa de los cielos,
O serás como reina de un inmenso jardín.

Sin mancillar tus alas en el terreno lodo,
Lecho de los reptiles, — podrás cantarlo todo,
Formando con tus himnos milagroso collar. —
Y en tus anhelos santos de espiritual conquista
Tan amplios horizontes alcanzará tu vista
Que te creerán señora de la tierra y del mar.

Así serás más fuerte: serás así el aliento
De todos los que dudan, y en tu viril acento
Encontrarán los débiles de tu brío el crisol. .
Y en donde todo sueña, y en donde todo canta,
Tú serás, alma mía, la más pura y más santa,
La más tierna y osada, la más llena de sol!

¿No ves como a tí acuden en busca de esperanzas?
¿No sientes como tiemblan, cuando tu paso avanzas,
Las alimañas lúgubres que odian la claridad?
Es que es grande y fecunda la virtud luminosa
Del árbol de la Idea, que tu existencia endiosa
Y que llenó tu vida de frutos de bondad!

Nunca hacia el fango mires: ya que la Patria espera
Que seas tú quien llenes de lauros su bandera,
Que cantes sus victorias con férvido laúd,
Y que cuando recorras, llena de luz, el llano
En cada surco viertas el germen soberano
De una protéica vida de excelsa plenitud;

Mira a la cumbre siempre: no importa que el azote
Del necio, te castigue, llamándote Quijote
De un siglo cuyos cantos son ruidos de metal,
Si más que esos denuestos ha de vivir tu ensueño,
Y has de encontrar al mundo para tu ardor pequeño,
Y a Sancho, entre gusanos, verás en el fangal. . .

Querrán cerrarte el paso la sórdida mentira,
La envidia subterránea, la carne que delira
Buscando la apoteósis del torpe Calibán;
Mas, nunca cedas, hija de Ariel, al ocio inerte...
¡ Siempre mirando al cielo, más fuerte que la muerte,
Más fuerte que la vida, tus sueños triunfarán !

¡ Oh Idea ! Por tí siento la sangre hecha torrente
De bríos : nuevos mundos se forjan en mi mente,
Y, como un Dios, me creo difundidor de luz :
Aunque sé que la nave de mi vida navega
Por un mar de dolores, como viajera ciega
Que cuando arribe al puerto solo hallará una cruz...

¡ La idea sea tu norma, alma mía ! Tu paso
Marche siempre a la cumbre sin temer el fracaso
Cantando en cada senda una nueva canción :
Recuerda que en las alas de un ideal fecundo,
Del seno de las olas atlánticas, un mundo,
Sin miedo a los fracasos, hizo surgir Colón!

ALFREDO C. FRANCHI.

Montevideo, 1922

Esta primavera...

Vino la primavera, pero no para mí,
Que el mirar optimista para siempre perdí.

Ya no más amarillo, rosa, azul, amatista.
Un color de ceniza cobra todo a mi vista.

Por el campo de piedras que rodea mi casa
La nueva primavera sin detenerse pasa.

Y en el triángulo estéril que es hoy mi corazón,
Sólo ha brotado el hongo de la desolación.

De los prados lejanos recogerán los vientos
Sahumos de resinas, de musgos, de sarmientos

Reverdecidos. Luego, al volar sobre el mar,
Con olor de salitre se podrán saturar.

Aquí no. El peñasco muerto y gris no da nada :
Ni vahos de arboledas, ni olor a agua salada.

Y en mi alma que antes era un pomo de aroma,
Hoy ninguna fragancia el mes de Octubre toma!

JUANA DE IBARBOUROU.

Octubre de 1922.

América

Internémonos en los anales de la Historia, «maestra de las naciones», cuando querramos conocer sus apreciaciones, a veces dulces y elocuentes, otras amargas y áridas, respecto a los genios de las generaciones pasadas que nos legaron los productos sublimes de sus mentes, que libaron miel eterna y divina para el espíritu humano, en horas de incertidumbre, de inquietud y de paz o de tranquilidad, . . porque obrando así, es decir, caminando sobre el iluminado surco que la Historia nos presenta, podremos justipreciar la exquisita delicadeza de esos nobles espíritus.

. . . .

Todos los descubrimientos, todas las grandes obras han coadyuvado en la obtención de la cultura y bienestar de la Humanidad, pero de entre ellos uno se destaca con caracteres refulgentes, por ser el orígen de múltiples y magníficas acciones humanas,... el descubrimiento de América, por aquel visionario que recibió hace ya tiempo el abrazo consagratorio de aquella justa señora, que conocida es por los humanos seres con el nombre de Eternidad, por aquel alucinado genovés, con aspecto de mendigo pero con genio de sabio, que obraba impulsado por la inmensidad de su fé hacia el Dios omnipotente del Cristianismo y que albergaba en su cerebro ideas que la mayoría de sus contemporáneos no podía comprenderlas, puesto que fué un hombre superior a su siglo.

La tierra que descubrió Colón, que hace una centuria rompiera las cadenas que la oprimían, resplandece en la época presente, como estrella de primera magnitud, esparciendo especialmente sus vigorizantes rayos por la faz rugosa y ensangretada de la vieja Europa.

América, tierra de promisión para todas las razas humanas, cuna de una nueva civilización y reluciente alcázar de la augusta y risueña Juventud, gallarda te levantas entre el

Atlántico y el Pacífico, desafiando las olas rugientes y saladas del mar! ... Colombia, de tus llanuras inauditas, de tus selvas obscuras y misteriosas, de los altos penachos de tus Andes, de tus playas hermosas, de las aguas del Amazonas, del Plata y del Orinoco, ... tus hijos generosos extraen el maravilloso elixir, que cerrará las heridas que el cañón del intrépido guerrero abriera despiadado en las entrañas fecundas de la Europa.

¡América! En tí ha florecido hermosa y pura la libertad, el reino de la luz ha sido implantado en tus tierras pródigas y bellas, invita pués ahora a todos tus hijos a hermanarse en un grito: « Fraternidad ».

Diciembre 1922. RENÉ JULIÁN BARÚ.

Piedad suprema

Nunca insultéis a la mujer caída;
compadecédla en su dolor profundo;
del árbol fresco y joven de la vida
ella talvez fué gota desprendida
que al fin cayera al lodazal del mundo.

Quizá el remordimiento seca su alma
como a la planta, la envolvente yedra;
no la miréis con insultante calma;
ni aún el que logre de virtud la palma
debe arrojarle la primera piedra.

¿Quién puede asegurar, en la existencia,
que llegará al final de la jornada
sin deshojar la flor de su inocencia,
puras las manos, limpia la conciencia,
y con la frente erguida, inmaculada?...

¿Quién puede, en el desierto de la vida,
decir, al encontrarse frente al vicio:
¡No beberé de esta agua maldecida!
¿Y si no halla la fuente apetecida?
¿Y si ataja su marcha un precipicio?...

¡ Es el futuro inexcrutable arcano !
Si la mujer, cual gota de rocío,
pende en la planta del acaso humano.
darle puede su beso el sol de estío
como tragarla el lodo del pantano.

RICARDO SÁNCHEZ.

Glosas

Sobre un libro inédito.

¿ Ha pasado nunca el arte poético por *la crisis babilónica* como por la que está pasando en nuestra época? Desde los adeptos a los clásicos, hasta los émulos de los clowns, es un verdadero mostruario de poetas diversos, el que mostrará el siglo XX a sus hermanos del porvenir.

América, con la novelería de su juventud, es semillero propicio para todas las escuelas literarias importadas. Nuestro continente sería el paraíso de Marinetti. Surge una modalidad poética o literaria en Europa, una de esas modalidades terminadas en *ismo* que tantas sorpresas y sonrisas nos han arrancado estos últimos años, y de inmediato cruza el mar, y conquista adeptos y discípulos en los países colombianos. Creacionismo, ultraismo, dadaismo, novecentismo, novismo, cubismo. . . poético. . . Cuando recibí el cuaderno en que Manuel Benavente ha reunido sus versos inéditos bajo el título común de «Aroma de Humildad», pensé:

—¡ Hum ! ¿ En qué casilla de geometría lírica habrá que poner ahora a éste?

Porque, en el maremagnum lírico de esta hora, ya nadie piensa en que un poeta joven cometa el *anacronismo* de hacer versos sencillos. Ahora, los muchachos guiñan los ojos a las musas desde lo alto de un trapecio. . ideal, pero tan trapecio como el de los circos. O sinó, que se vean las revistas modernas.

Pues bien : Benavente ha hecho un libro sin cabriolas, sin volteretas, sin nada capaz de espantar a los burgueses. Un buen libro, bello, claro, sencillo, puro, bondadoso, en el que

campea un poco de melancolía y otro poco de amargura que su corazón limpio transforma en cordialidad hacia los demás hombres. San Francisco lo hubiera llamado «el hermano-poeta».

Y este hermano-poeta, como el santo de Asís, ama también fraternalmente a las cosas humildes, y a sus semejantes, a quienes incita a buscar la sencillez y la luz, sin torturarse en oscuras interrogaciones. Gesto de místico que ha presentido el camino de la paz y quiere, generosamente, enseñarlo a todos los atormentados del mundo! He leído estos originales de Benavente con simpatía viva. Su «Aroma de Humildad» es toda una lección para mí, que también marcho en la tropa gris de los descontentos y los ávidos.

JUANA DE IBARBOUROU.

Octubre, 1922.

Dichoso el que marchó...

Dichoso el que marchó por la «senda escondida»
desde la cual Fray Luis con dulce voz nos llama.
Dichoso el que con simple voluntad lucha y ama
guiado por el impulso secreto de la vida.

Dichoso el que en su noche vió la luz encendida
del amor, suave luz que los pechos inflama.
Dichoso el que aquietó su anhelo y no reclama
más gloria que cumplir la ley incomprendida.

Si, mil veces dichoso, pues le ha dado la suerte
la gracia de la vida y el placer de la muerte;
porque su alma es toda paz, belleza, bondad;

porque hizo de su noche profunda pleno día;
porque por dón divino escaló su humildad
la cumbre misteriosa de la sabiduría.

MANUEL BENAVENTE.

Nuestros colaboradores



Manuel Benavente

Paysandú.

De "Aroma de Humildad"

Estoy frente al abismo...

Estoy frente al abismo sin fondo de la noche;
la eternidad me asombra con su vasto rumor.
Mi espíritu está mudo como un lago sereno . . .
Mas de pronto, surgiendo de la sombra, una voz
me anonada, dejando caer en mi conciencia,
como una piedra enorme, esta palabra : ¡ Dios !

Luz

No temáis a las sombras, amigos; no os acechan
ni fantasmas, ni espíritus en su inmenso capuz.
No temáis a las sombras, id tranquilos, serenos . . .
Lleváis en vuestro sér un manantial de luz.

El pan

¡Quién fuera como el pan,
bondadoso y humilde, dulce como un hermano !
¡ Quién fuera como el pan, que acepta silencioso
la misión que el oscuro destino le ha marcado !

¡Quien fuera como el pan, para dar sin alarde,
a la humana ansiedad, su vida en holocausto !

Todo está en tí...

Hombre débil, te abrasas de deseos, y llevas
en tí mismo la fuente que apaga toda sed.
Eternamente buscas en el cielo una estrella
que alumbrará el camino con una nueva fé.

Todo está en tí si buscas con segura confianza,
si bajas al abismo profundo de tu sér,
si la luz no te ciega, ni la sombra te espanta,
hombre débil, lo eterno que hay en tí podrás ver.

Manuel Benavente.

Volanderas

LOS REYES MAGOS

El suave milagro de los Reyes Magos, se reproduce a través de las brumas que amortajan los siglos. La estrella que guía al pesebre de Basilea, brilla esplendorosa todavía.

Los Reyes han pasado en rauda cabalgata dejando a todos los niños buenos, a los miserables y a los ricos, el regalo que traían en sus alforjas regias sahumadas con mirra de la Arabia. Los zapatitos de gamuza, y las recias chinelas de becerro, han recibido la ofrenda de los linajudos viajeros.

Esos poderosos han hecho verdad sobre la tierra, la hermosa y equívoca palabra igualdad. ¡ Y es sedante para el alma, el hecho de que eso suene en nuestro oído como un grito de leyenda lanzado desde el fondo de los siglos !

Mater dolorosa

Noche de tormenta: cielo negro como brea, estriado por chispazos cárdenos; frío en el aire y frío en la tierra que pisa una desdichada mujer mendiga que, casi enloquecida por el retumbar horrísono del trueno, se asila en el hueco de una puerta en una casa rica por cuyos ventanales se escapa la radiante luz de los arcos voltaicos. Llega hasta la mendiga el chasquido de las copas y el eco de las voces con que se celebra la alegría de vivir. Y la mendiga, carne lacerada por el látigo del hielo, olvidada de Dios y de los hombres, se duerme en un sueño largo y sin pesadillas, allí cerca, junto al placer que enloquece cerebros y endurece corazones.

J. PASEYRO Y MONEGAL.

(Juvenal).

Treinta y Tres, 1922.



Moreno Lagos — Chilena

Sentir

Estar bajo las frondas protejida
del sol, y el río a nuestros pies pasar;
sentir que se alza una ilusión florida,
ver que se aleja, y sin querer, temblar.

De una olvidada voz entre el follaje
oír que vuelve el cálido rumor;
ver como el viento acaricia nuestro traje
y en él se anida como blanco amor.

Y recoger la tarde sus reflejos
que, entre el ramaje, como agujas son;
y, libre de ellas, los recuerdos viejos
sentir que van en peregrinación.

Y el agua triste y el follaje denso
sentir como se acercan a escuchar
de algún recuerdo que quedó suspenso
en encendído y largo suspirar.

Amor

Amor llamó a pnerta dolorido...
Fuí hasta mi puerta para abrirle yo
i se quedó mi corazón dormido
oyendo como habló.

¿Vamos? — me dijo. Vacilé. I su mano
sobre mis manos trémulas sentí.
Hubo un silencio dilatado, arcano...
Yo en el silencio largo florecí.

Viéndonos juntos verdeció el sendero.
Surjió en la sombra una casita... I fué
la misma qne hoi espero
para vivir la vida que soñé.

Tras el pinar oculta, se adivina
su santa paz. I cércala un zarzal
con millones de espinas. Cada espina
se yergue allí como amenaza al mal.

Amor que un día, — humilde i sosegado —
ví. Eras luz i verdad.
Alguien te vió venir desfigurado...
¿Cómo has podido ser fatalidad?

Yo te miraba blanco i florecido
i te esperaba, Amor.
Soñaba en ti mi corazón dormido...
¿Por qué la noche descendió a tu albor?

Detengo el paso trémula. Callada
cierro los ojos para no llorar.
Va por el aire muerto una balada . . .
Viento, vuelve a rodar.

Vuelve a rodar i arrástrame perdida
sin aliento i sin voz.
Se me hizo espina la ilusión florida.
Viento, huyamos los dos.

Hacia el silencio

El saucedal como antes se refleja en la ría,
y en lo alto del camino que la corriente trunca
un pino enhiesto alarga sus brazos cual vigía
que al bajel de mis sueños fuera a decirle: ¡ Nunca !

Están abiertos todos los lirios que soñamos.
Ondula aquí el ensueño que en un ayer tejimos.
El viento no recuerda que una vez nos amamos,
y al ir por los caminos donde nos conocimos,

echa a tu rostro el rubio cabello de la amada
que te robó a mis horas de luz. Cruel es y amargo
el recuerdo adorado de tu pasión. La nada
de mi presente aulla con un lamento largo.

Pasas frente a mis ojos bajo palio de amores;
tu dicha hace un sollozo de mi espíritu triste,
y al ir en otras manos desparramando flores
piadosa voz me dice que no me comprendiste.

. . . .

En el agua que rueda y en las alas del viento
se va algo de mi vida que nunca ha de volver.
Me hundiré en el silencio, pero llevo el tormento
de saber que en mi alma contigo me he de ver.

Entre todas mis sombras...

Mi mustia primavera está sin rosas
y el corazón se enferma de tristeza.
Pasa el aliento vago de las cosas
como ala hostil rozando mi cabeza ...

¿Pensar?... ¿En qué pensar si el pensamiento
hecho trizas mis sienes martillea?
Busco piedad allá en el firmamento
¡y tan alta la estrella centellea!...

Llamo al recuerdo del amor primero
y el corazón solloza entristecido...
¡Surge la imágen del amor postrero,

del loco amor para mi mal nacido
en la mañana de una primavera
que entre todas mis sombras reverbera!

Aída Moreno Lagos.

Los Andes. (Chile).

Las Islas

Para el «A. H. L».

NAXOS

Me ha sido dado gustar toda embriaguez. De la carne, del vino, de las rosas, de la púrpura, de las mieles y de los besos...

Pero, toda embriaguez es perecedera. En tu cáliz de perfección: ¿hay vino eterno que eternamente embriague?

MICONA

Las ansias que gustadas, disgustan; la sed que aplacada, excita; los jugos que exprimidos, agrian; la lujuria, la violencia, la soberbia, la ira, galoparon furiosas en mis bosques, en el ímpetu de una carrera brutal. Al llegar a los mirtos, Serenidad dijo su canción... Y en Micona murieron los últimos Centauros...

DELOS

Había hundido mis convicciones—con mi vida—en el bronce y la piedra inconmovibles, donde férulas resistían todo embate y aún toda caricia.

Misteriosamente, en gracia de virtuosa Belleza, dejé ir errando al corazón: todas las lejanías fueron mis hermanas y en todos los mares cantó mi estela flotante...

MILO

El trajín y la inquietud me habían arrancado de la soledad que fortifica y embalsama. En el trueno de los días mis ojos se habían acostumbrado a la tormenta del trabajo y de la habitual fealdad. Y el miedo a la Muerte encogía y achicaba mi corazón...

Hasta que un día los ocios perfectos me descubrieron la Vida y me aseguraron que la Belleza vencería a la Muerte ...

Y la esperanza ha ilusionado a mi espíritu.

DELFOS

Leí mil libros, frecuenté la sabrosa erudición de cien sabios, asistí a diez Academias y ninguno de los misterios que agitaban mi corazón se aclaró con la inconsútil luz. Pero, escuché a un Hombre sólo y aunque siguieron palpitando en la obscuridad, me pareció menos necesario su entendimiento y sobre todo, me alejé sin tristeza de lo indescifrable porque aspiré el efluvio de la Verdad.

Luis Giordano.

Durazno, 1922.

Fraternidad

¡Fraternidad!
¡Fraternidad!
Yo pronuncio tu nombre,
tan santo para el hombre,
a quien el odio asedia
a lo largo — de su senda — de tragedia.

Fraternidad, palabra honda y consoladora,
abriéndose en un mágico abanico de luz,
eres para este mundo la visión salvadora
que emergió en evangelios de Buda y de Jesús.

Puños amenazantes y lanzones de guerra
endurecen enconos sobre toda la tierra.
Ante cada bandera y cada campanario,
anuncia la violencia su próximo Calvario.
El amor, la ternura, la comunión altruista,
caen bajo los rojos cascos de la conquista,
se deshacen y mueren al pie de la venganza.
¡Fraternidad, entona un himno de esperanza,
sobre las multitudes sórdidas y dolientes
que estrecha la miseria y entenebrece el mal!
¡Fíltrales en el alma tus sermones clementes
pues eres en la Vida el supremo ideal!

Frentes empecinadas, labios fríos, cortantes
voces, manos violentas, ¿no cambiaréis un día?
¿Fraternidad, se hallan todavía distantes
las horas en que brille triunfal, tu epifanía?

Aumentan las usinas, crecen los astilleros;
en nuevas galerías, se internan los mineros;
en las regiones vírgenes, el acha y el arado
proyectan la abertura de un reino de El Dorado;
se construyen escuelas, se fundan hospitales
y asilos; en el cielo, como aves augurales
del progreso, atraviesan, osados, los aviones;
la igualdad es fermento para revoluciones
¡mas en la soledad
te quedas, abatida, oh tú, Fraternidad!
Sin embargo, son tuyas las espigas maduras,
la sombra de los árboles, las fuentes de aguas puras,
los ríos, los caminos del mar. ¡Tuyos también
los corazones buenos que sangran de amarguras
por no encontrarse — en tu soñada — Jerusalén!

Julio Raúl Mendilaharsu.

Montevideo, 17 de Junio de 1922.

De Hipólito Coirolo

Gérmenes

I.—De lo bello.— No hay flor sin belleza, como niño sin encanto y astro sin fulgor.

Cierto es que a veces lo bello está oculto: así la violeta escondida entre las zarzas, el niño envuelto en harapos y el astro rodeado de brumas.

Lo bello no es el oropel, lo chillón, la cromolitografía: es lo natural, lo sereno, lo puro.

La abundancia de línea, como la del color, conduce al mamarracho.

Se cuenta que habiéndosele encargado a un célebre pintor la ejecución de una obra maestra, trazó sobre el fondo de la tela un círculo: nada más.

Fué su triunfo, porque el círculo era un símbolo y una enseñanza.

Lo que ocurre con las cosas pasa también con los hombres. ¿No es común, acaso, que bajo un exterior hermoso se oculte la fealdad más horrible, y viceversa?

II.—Del amor.— El que ama contempla su alma inundada de luz.

El amor ilusiona las cumbres del sentimiento: a su excelso conjuro el corazón se llena de reflejos angélicos y la inteligencia se eleva hasta ese estado supremo que todo lo comprende y perdona.

Ama con toda la fuerza de tu ser, con todo el calor de tu sangre.

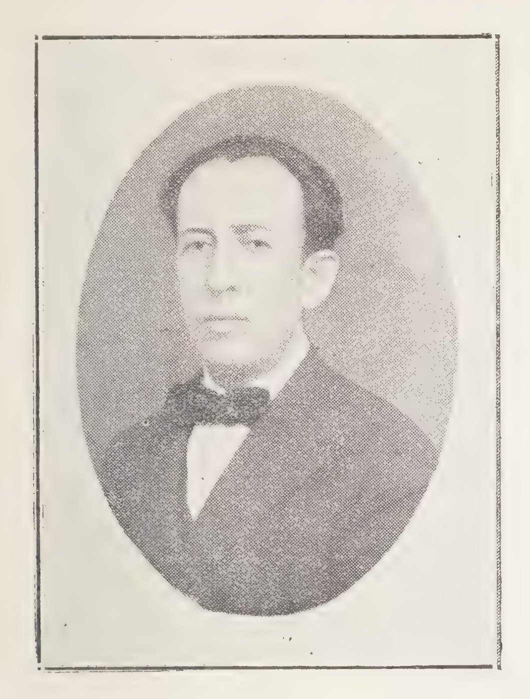
Entrégate sin reserva, a tu alma gemela.

No malogres en el desaliento de las primeras contrariedades la ilimitada grandeza de las luchas que dignifican y de los sacrificios ennoblecedores y habrás gozado de algo divinamente bello cuya evocación hará las veces de esperanza vivificadora en los trances más dolorosos de la existencia.

III.—Del valor moral. —A mi juicio, el valor temerario considerado científicamente es infinitamente inferior al valor moral, a esa abnegada entereza que vence sanamente en la feroz lucha por la existencia, sin abdicar de las íntimas convicciones.

No es para todos el honor de arrostrar con serena altivez las iras del vulgo y el alejamiento y desprecio de los poderosos, sin otra fortaleza que la aprobación de la propia conciencia.

IV.—Política...— La condición esencial para triunfar en el campo de la política utilitaria, de la política de oportunismo falseado en el concepto científico por las *vivezas* de los más audaces, es la verba fácil, abundosa, inacabable.



Hipólito Coirolo

El conocimiento cabal de los problemas nacionales, la conciencia de las necesidades populares, es algo muy secundario al lado de una charla inagotable que todo lo orillea y nada profundiza, excepto los medios de perpetuar la mistificación de la decantada libertad de sufragio.

V.—Aristocracia.—Resultan grotescos ciertos endiosamientos. Los pujos aristocráticos son la más admirable y

exacta caricatura de la división de la familia humana, a base de *abolengos ilustres* nacidos y cimentados cuando imperaban la fuerza y la superstición.

La sola superioridad impuesta por la naturaleza es la del talento y la constancia laboriosa.

Los hijos del trabajo mental y manual, pese a la secularización de determinadas prerrogativas, son los que marcan rumbos a la civilización.

VI.—Del anónimo.—El anónimo es el recurso supremo para las almas raquíticas y rastreras.

Se hace uso de él cuando no se posee la entereza moral para afrontar responsabilidades.

A pesar de su putrefacto origen, el anónimo encuentra a veces seres viles y miserables que lo toman en cuenta . . .

Tan ruin y despreciable es el que lo escribe como el que lo acepta.

VII.—Sociabilidad.— ¡Hurr! ¿Qué pretendes? La cacareada sociabilidad criolla tiene una característica única e inmutable.

Es infantil abrigar la esperanza de que en una reunión de *gente bien* se sacrifique al comentario sobre cuestiones de arte y ciencia, el malsano placer de la crítica mordaz y de la alusión incisiva y malevolente, bajo la que caen los méritos y virtudes más saneados.

Hipólito Coirolo.

Los poemas de la inmovilidad

Yo soy la piedra inmóvil...

Yo soy la piedra inmóvil, junto al camino vivo,
El árbol envidioso de la nube andariega;
Estoy sentada y muda al borde de la vida
Mientras la senda sigue su marcha hacia el Futuro . .

Pasan inquietos seres, caminantes, arrieros,
Parejas enlazadas y familias contentas;
Chiquillos juguetones, hirvientes de energías,
Pasan ancianos, pasa la juventud, se van . . .

Pasan, pasan... yo siempre en mi lugar estoy:
Soy la piedra sentada un día y otro día,
El árbol engarzado en la misma actitud...
Arbol, persona, piedra,... Ya no sé lo que soy...

A la victoria de Samotracia

Oh Víctoria, Victoria! mármol divino,
Como yo condenada a la inmovilidad;
Con toda el alma puesta en las alas abiertas,
Mutilada en el ímpetu supremo de volar...

Ansia de movimiento! Anhelo de elevarse,
De correr, de subir, en vuelo magistral;
Deseo doloroso a fuerza de imposible
De andar, de andar, de andar!...

Oh Victoria, Victoria de Samotracia!
Imagen de mi vida, toda inmovilidad,
En el mármol divino, hecho cárcel del vuelo,
Ansia desesperada, enorme, de volar!

LUISA LUISI.

Montevideo.

La unidad ibero-americana

Sabido es que jamás existió un estado griego propiamente dicho.— Antes de Alejandro, y Alejandro procedía de Macedonia, fuera de los límites del pueblo heleno, solo podía hablarse de Grecia como una expresión geográfica, pero nunca como una nación perfectamente constituída.

La propia naturaleza del suelo, sus montañas, sus contrafuertes, sus valles, sus ríos, sus accidentadas costas, contribuían a separar las diversas comarcas, ya apartadas por el recio espíritu localista de sus moradores.

Pero habían vínculos poderosos que a todos los unían: eran de la misma raza, poseían igual idioma, idénticos dioses presidían su marcha hacia el futuro, y todos estaban animados de un mismo sentimiento por lo bello y por lo justo.

Y cuando un pueblo que se creía más fuerte, por sus armas y por su organización, quiso extender sus dominios por la península helénica, los griegos, formando entonces un solo pueblo, supieron en Maratón y Salamina, hacer retroceder a los persas todopoderosos que aún no conocían las conquistas fracasadas.

No había una nación griega, pero bastaba el espíritu griego para salvaguardar la raza, el idioma y el culto de ese pueblo.

Dominada la península ibérica por los moros, fueron surgiendo al calor de la lucha redentora de los pueblos godos, los reinos de León, de Navarra, de Castilla, de Aragón.—Fué primero el ejemplo de Pelayo en las sierras asturianas, y fueron luego, un alto estímulo las hazañas famosas del Campeador por tierras valencianas.

Pero no existía España ; sus comarcas, de acendrado espíritu localista, mantenían una sorda rivalidad, poniendo en pugna sus diversos intereses, acentuados aún por los accidentes naturales.

Mas, tenían por vínculos poderosos, ineludibles, el origen común en igual raza, el habla armoniosa de Castilla, la fé infinita en la redención cristiana y el culto noble de la hidalguía y del valor.

Y frente al moro se unieron navarros y castellanos, aragoneses y asturianos, para realizar la cruzada que duró por varios siglos, hasta que la media luna fué expulsada para siempre de las vegas granadinas al alborear la edad moderna.

Y de allí surgió España, la España redentora de la América salvaje, la España que hizo estremecer al mundo con el épico andar de sus tercios invencibles, la España cuyas naves pasearon por todos los mares conocidos la soberbia de sus reyes amparada por la cruz que en su velámen proclamaba la fé de la gran conquistadora.

Bastó para todo esto, que existiese tan solo un espíritu español que vigilase el triunfo de la raza, la expansión del idioma y el culto de la fé cristiana.

Hoy existe una hispano-américa de nombre. — Mil intereses localistas separan sus diversos pueblos.—Y a ello se agregan las montañas más recias y quebradas de la tierra y los ríos más fuertes y profundos conocidos.

Pero todos son de una misma raza: vienen de España.—Todos se enorgullecen de su habla, enseñada por Cervantes.—Todos poseen la misma religión, heredada de Quijote, maestro de idealismo.

Cuide el pulpo del Norte de ambicionar estas tierras.—Sus pueblos son pequeños, no están unidos, pero hay un alma americana, con sangre de España, con un amor acendrado a sus libertades e idealismos, que hará responder, cuando sea el momento, a toda hispano-américa, como una sola nación frente al ambicioso, como el mundo griego frente a Persia, como las mesnadas hispánicas frente a la impía media luna.

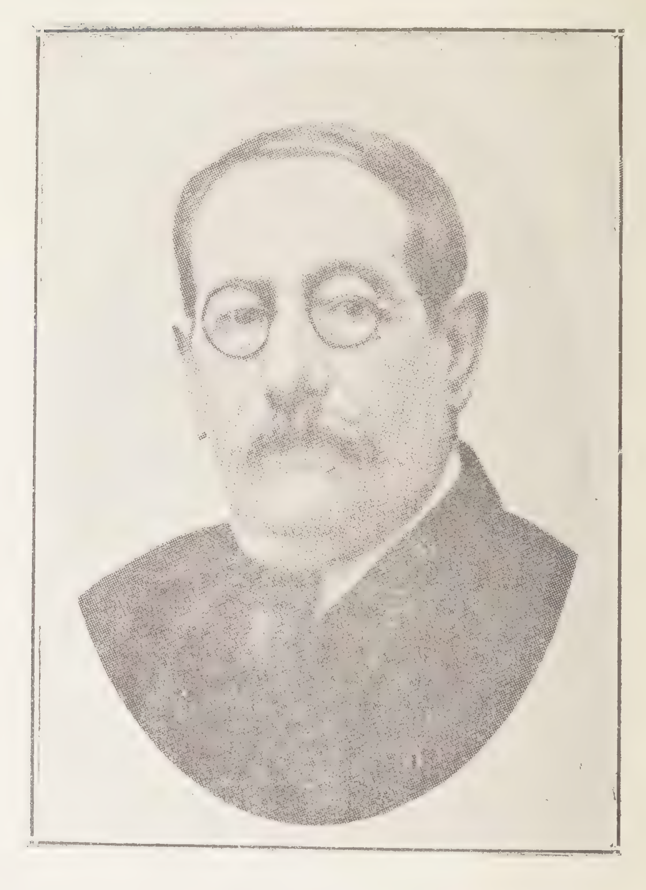
Y si tal ocurre, surgirá para siempre la unidad efectiva de una hispano-américa, que hoy semeja una quimera, como en otrora era imposible soñar con la unidad de Grecia. . .

ARTURO CARBONELL DEBALI.

Pereza

—Levántese, m'hijo,
Que ya amaneció,
Y dentro un ratito
Va a salir el sol.
—Dejeló que salga,
Máma, dejeló;
Porque el no ha pasado
La noche que yo.
Cuando a sus entrañas
Se prienda el dolor,
Y el sueño le juya
Que a mí me juyó,
Y clave en la carne
De su corazón
El tigre e los celos
Su garra feroz,

Galería de colaboradores



JOSÉ ALONSO Y TRELLES
(El Viejo Pancho)

Puede que a las nubes
Les pida el favor
Que al potro e la aurora,
Que es madrugador,
Le pongan entonces
Bozal potreador,
Pa hacerle a la juerza
Sentar el garrón.
No es que tenga pienso
De dormirme, no,
Que quiero óir las horas
Que marque el reló;
Sinó que en lo oscuro,
Con la ayuda e Dios,
Puede que un alivio
Le haye a mi dolor . . .

. . . .

Entorne el postigo,
Máma, entorneló;
Porque cuando en sombras
Tuito envuelto estoy,
Es cuando mis ojos
La ven más mejor
A la que jué un día
Mi única ilusión,
Y hoy con sus desdenes
Mi sueño mató;
Quiero en el silencio
D'este mi rincón
Sufrir recordando
Sus labios en flor,
La gloria e su cuerpo
Prodigio de Dios.
La luz de sus ojos,
El eco e su voz
Cuando ya pa siempre
Me dijo su adios.

. . . .

Ya que no hay remedio
P'ahugar mi pasión,
Y no es de varones
Mendigar amor,
Que náide en el mundo
Sepa mi aflicción,
Ni alvierta en los ojos
Que el sueño olvidó
La güeya e las lágrimas
Que el dolor cuajó.

El VieJo Pancho.

Tala, Primavera de 1922.

Carlucho

Viejo, muy viejo el gringo, era un profesional de la escoba y un especialista en la limpieza del riel. Curva que necesitara aceite, o desvío que a causa de la lluvia se hubiera rellenado de tierra, enseguida nomás, se le afirmaba con grandes pinceladas, escarbando concienzudamente ambos lados de la aguja, para que marchase como *reló.*

En los días lluviosos, de caer a baldes el agua, la emprendía contra su otra especialidad, que la constituía, dejar libre la vía de los consiguientes arrastres de tierra y pedregullo ; vistiendo al efecto, lo más desastradito de su ropería y embutiendo sus *patas* en dos *botitas* que eran una maravilla de refuerzo y clavetería ; dos riquísimos extremeños zapateriles, recubiertos ampliamente de sebo, como para que el agua no les hiciera ni la cola!

Carlucho estaba tan hecho a la lanza de uña y escobilla, que privarse de ella o privarlo, hubiera sido conspirar contra su preciosa existencia. Por eso, desde que clareaba el día hasta obscurecer, su mejor compañera, su más cómodo báculo, su más fuerte sostén, era esa lanza. Lanza que le daba la vida por el trabajo, la salud por la fuerza, el viaje gratis tranviario, por el cumplimiento de su deber . . ,

Un invierno, sin embargo, desertó de filas. Recostó la lanza, como quien viene de una trifulca, casi desengañado del

éxito y puso río por medio entre su escoberil persona y el teatro de sus hazañas.

¿A qué obedeció esa radical determinación? Cuentan los que día a día, jugaban a la murra y juntos también se despachaban varios copetines de Barbera amargo, que Carlucho ya no estaba para ese oficio: erraba la embocadura siempre.

Mire decía su historiador: apuntaba para un lado y se le salía por el otro. Metía la lanza en la canaleta de la vía y al ratito se le clavaba en los adoquines. En los días de lluvia, que *hacía de pato*, decía él, no veía nada, y se mojaba todo... ¡Qué desenrellenar la vía ni que niño muerto!...

....

Hace poco, se tuvieron noticias de su individuo. Vive «inta Fioresta di Bonosarie, coidando la gallina y lu pato e sembrando papa e ripollo y aco»...

Cuando alguien quiere averiguarle *sus antecedentes*, iérguese como caña de tacuara y ahuecando la voz como *basso proffondo*, dispárale como escopetazo, las siguientes siete palabras de su repertorio: «acostúmbrese cóven, a rispetar la quente orogoaya».

José María Tiscornia.

El Himno Nacional

En el dia de Artigas,
al Dr. Elías Regules.

Necesitaba la legión patriota
Para sus triunfos celebrar doquiera,
El son marcial de una canción guerrera
Que Libertad cantara en cada nota.

Que electrizando el alma del ilota,
Soldado de la gaucha montonera,
Valor y fé en su espíritu infundiera
Y grandeza en el triunfo o la derrota.

Y al vomitar torrentes de metralla,
El cañón enemigo, en la batalla,
Tocó diana el clarín. ¡Diana triunfal!

Y halló el genio inmortal de Figueroa,
Grandiosa inspiración para una loa:
Y a la Patria dió el Himno Nacional.

JUAN B. LASSÚS.

Y güeno...

Pa el Viejo Pancho, campechanamente.

Y güeno, vi'aceptarle
Un amargo y un trago de ginebra;
Mientras despunto el vicio
Que tome algún resueyo ese sotreta.

He galopiao al cuete
¡ Malaya digo ! una chorrera e leguas,
Y me encuentro cansao
Y además siento entumidas las piernas.

Y he de descansar si quiero
Seguir guasquiando la existencia,
Gineteando el potrillo'e mis dolores,
Arriando la tropiya'e mis penas.

Y como ha e ser ¡ canejo !
Si me he pasao los años en las sierras,
Juyéndole a la justicia
Y en enriedos siempre con polleras.

O en el boliche del nación
Pegándole largos besos a la negra,
O jugándome a la taba
Lo ganao en las esquilas y las yerras.

Y se me vino encima,
Sin que hasta aura me diera cuenta,
La que el cuero nos arruga
Y nos llena de escarchas la melena.

Y me ha'garrao sin perros!
Pa un crioyo de mi laya ¡ suerte negra !

Sin un peso en el cinto,
Sin un palenque ande rascarme pueda.

Y güeno, deme el frasco,
Ese frasco llenito de ginebra.
Pero ... a que lamentarse,
Si es al ñudo que aura me arrepienta.

Escena campera

Al Coronel Juan A. Barú, afectuosamente.

Que estoy viejo ... que no sirvo
Nada más que pa prosiar junto al fogón,
Mientras pito un cigarrillo y tomo mate
O punteo en la guitarra un pericón

Que es al ñudo .. que no puedo
Ya de un salto enhorquetarme a un redomón,
Y sacarlo campo ajuera bellaquiando
Y de güelta sofrenarlo de un tirón.

Que en las yerras ya no pialo
De volcao, con tuito el lazo, ni a un mansón,
Y en la esquila a una oveja no le bajo
Bien parejo y sin tajearla el bellón.

Que no sirvo para nada...
Que es al cuete ricordar la tradición,
Y contarle a los gurises las hazañas
De los héroes de la santa redención.

Las hazañas de los gauchos
Que en Las Piedras, el Cerrito y el Rincón,
Se cubrieron de gloria y las fronteras
De la Patria demarcaron a facón.

De esos gauchos... Pero vieja !
¿ Tas llorando ? ¿ Y por qué ? ¿ Con qué razón ?

Si es al ñudo... si estoy viejo... sino sirvo
Nada más que pa prosiar junto al fogón,

Y contarle a los gurises
De los gauchos de melena y de facón,
Mientras pito un cigarrillo — las hazañas —
O punteo en la guitarra un pericón.

CASIMIRO TIMOTES.

El alma lírica de Tabaré

Leída en la velada Pro Hospita como homenaje de simpatia a la Sra- Otilia S. de Galarza.

Se ha dicho que todos los grandes poetas son creadores de símbolos.—Encarnan en un personaje, en un tipo determinado, en una imagen, los sentimientos, pasiones e ideas, que superviven en la mayoría de los mortales. Como creador de símbolos, personificador de sentimientos y pasiones, ha representado Zorrilla de San Martín, en el indio Tabaré, el alma de la raza mestiza de la que procedemos nosotros. Generalmente se cree que Zorrilla ha querido representarnos en su poema a la raza Charrúa, indomable y fiera, así como su irreductible entereza ante el enemigo, valerosa y tenaz con aquella renovada resolución que se oponía con éxito al impulso de los que pretendían en nombre de España consumar la conquista de América.

Pero, si en Tabaré se encuentran las cualidades que fueron comunes al aborigen, si es bravo y vigoroso, si es noble y de brazo potente, si ama a su tierra virgen y arden en su naturaleza los ciegos impulsos del salvaje para defender su patrimonio y morir peleando por él, es también sensible y amoroso, sumiso y humilde, capaz de todos los sacrificios y de todos los riesgos por hacer el bien y revelar la pura esencia de su alma inculta. Es que Tabaré, el indio de los ojos azules, aquel ser salvaje con alma de místico, no encarna solamente la raza autóctona, de la que descendía por su padre, sino que en él se mezclan y se eternizan las diversas cualidades que

resplandecen y son comunes de la raza mestiza. Tabaré había nacido de una mujer blanca. Magdalena, su madre, había sido raptada por el cacique de la tribu llamado Caracé, después de un malón llevado por los indios al campamento de los españoles. Los indios, enardecidos de odio y sedientos de goce, retuvieron cautiva en la tribu a Magdalena como si fuera un precioso botín de guerra. El cacique Caracé disfrutó bru-



Wifredo Pí

talmente de los amores de la mujer blanca y fué de ese consorcio que nació Tabaré, casi al propio tiempo en que por las violencias y crueldades de Caracé, moría Magdalena, la española de la raza conquistadora, que había entregado su cuerpo por la violencia, a los amores espúreos del indio salvaje y brutal. Creció Tabaré en medio de las costumbres de los charrúas. Su natural bravura y su indómito coraje lo erigieron bien pronto en uno de los más temibles y fieros caciques de la

tribu. Era el heredero directo de Caracé en la jefatura de las belicosas huestes nativas, cuando en las costas de San Salvador, se instaló una expedición de conquistadores al mando de Don Gonzalo de Orgaz. Con este jefe hispano venía también su hermana llamada Blanca, en la que resplandecían la belleza, cultura y distinción, que caracterizaba a la raza española y especialmente a las personas de origen cortesano. Luchan repetidas veces aborígenes y conquistadores con ardor y encono jamás desmentido y en uno de esos combates cae Tabaré prisionero de las fuerzas realistas y es llevado al cuartel donde vive el jefe de las milicias y su hermana Blanca. Desde aquí comienza la parte lírica y romancesca del poema, todo un conflicto de sentimientos que no se exteriorizan completamente, pero que en el indio modifican su carácter selvático e insurgente, para tornarlo humilde, receloso y enternecido. Es el síntoma más visible del enamoramiento y es que Tabaré, así que posó sus ojos sobre Blanca, sintió en lo más recóndito de su alma, el divino hechizo que transformó el fondo hosco y agreste de su carácter, para sentirse irresistiblemente atraído hacia aquella mujer de la raza enemiga, que como su madre tenía un misterioso fulgor en los ojos y llegaba de lejos como una fantástica aparición. Blanca también se sintió subyugada ante la presencia de aquel indio de ojos azules, vigoroso y sumiso, que la miraba con inefable ternura y espiaba sus paseos y salidas para contemplarla con religiosa adoración desde lejos. Pero lo realmente sublime de este poema es cuando Yamundú, otro cacique de la tribu, ataca una noche el poblado y rapta a Blanca. Tabaré que lo ha visto, porque él vigilaba el objeto divino de su amor, en medio las noches de plata, bajo el luminoso palio estelar, sigue a Yamandú y cuando éste quiere ultrajar a Blanca, se abalanza presto sobre él y lo estrangula, librando así a su amada del atentado de que iba a ser víctima propicia. Tabaré lleno de pureza y de adoración por Blanca, la levanta después con ternura en sus fornidos brazos y va a entregarla a su hermano Don Gonzalo de Orgaz, quien al creer que es Tabaré el que la ha raptado, lo mata al instante cruzándolo repetidas veces con su espada.

Aquí radica todo el símbolo del admirable poema de Zo-

rrilla: Tabaré muere por un amor que jamás vió realizado, un amor puro e ideal como el amor de los místicos, como el amor desinteresado que sienten los padres por los hijos, como el amor que los sacerdotes antiguos sentían por las divinidades desconocidas, pero a las que ellos infundían vida desde el fondo religioso y creyente de sus almas. Tabaré es, pues, un ser idealizado, símbolo de nuestua raza, lírico como un poeta que hubiera cantado en la dolida era del romanticismo. Como había nacido de madre española y de padre aborigen, había heredado de ambos, cualidades que complementaban su noble carácter. Pero en sus ojos azules y en los amorosos deliquios que él experimentaba en medio las noches de luna, junto al placentero rumor de las torrenteras, y frente a la majestuosidad virgen de las selvas americanas, revelaba el alma de la raza española, de aquella raza en la que se gestaron los conquistadores y los poetas, de aquella estirpe que creó el Romancero, cuando quiso celebrar sus épicas empresas y forjó los madrigales de Gutierrez de Cetina para alabar los ojos claros y severos de la mujer amada, a la hora en que se ha encendido en nuestro espíritu, la eterna y divina llama del amor...

WIFREDO PÍ.

Durazno, 1922.

¿"Qué queréis Señor de mi"?

(Santa Teresa de Jesús).

Toma Jesús, mi clara primavera,
Hecha rosas de amor para colmarte,
Y este obstinado afán de reflejarte
Que irisa mi pupila pordiosera.

Toma mi boca, dalia tempranera,
Fatigada en el ansia de besarte,
Y mis manos tendidas a abrazarte,
Como garfios de viva enredadera.

Toma mi cuerpo, que quisiste lirio,
Toma el pecho de místico rubí,
Toma mi desazón y mi delirio!

Tuya es el alma en llamas que te dí.
Sacia Señor mi anhelo de martirio
Y luego dí: ¿qué más queréis de mí ...!

Dolor Supremo

Era flor de su cuerpo...
Era flor de su sangre...
Era flor de su alma...
¡Y el hijo estaba muerto...!

Y aquel niño tan dulce
Que chupaba en su seno
Como un manso cordero...
¡Hoy se quedaba quieto...!
Y aquel niño tan vívido
Que llevaba en los ojos
Extasiados luceros...
¡Hoy miraba a su madre
Con pupila de ciego...!

¡Oh, qué dolor sin nombre...!
¡Qué dolor tan inmenso...!
Que no cabe en un grito...
Ni en la luz de una lágrima...
¡Ni en la cárcel de un verso..!

Y era en vano
Que soplara en los labios
Para darle su aliento...
Y era en vano
Que estrujara su carne
Y le ahogara de besos
— Esperando otro «Lázaro»
Del milagro materno... —
¡Aquel niño tan tibio
Se tornaba de hielo...!

¿Habrá un dolor *más garfio,*
Que el dolor de una madre
Que sostiene en los brazos
Al *hijo*. . . muerto. . .!

M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez.

Montevideo, Octubre de 1922.

Discurso pronunciado por el Dr. J. A. Buero en el homenaje de los españoles a don Jacinto Benavente.

Maestro: Lo sabéis ya. Son vuestros connacionales quienes me han impuesto la tarea de saludaros, ya que no la de hacer vuestro panegírico.

Que no lo ha menester quien, como vos, ha recibido el magno elogio en la vibración de todos los corazones, en el ensueño de todas las almas, asomadas a las torres de la ilusión para veros pasar por el sendero que conduce a la ciudad luminosa.

Vuestra presencia aquí se me ocurre inverosímil, en fuerza de ser augusta. Porque tengo para mí que vuestros propios contemporáneos, no obstante haberos ensalzado con unanimidad entusiasta, no han valorado todavía, en su plenitud, el portento de vuestra obra perenne. Pero, no temáis. No es mi ánimo el rendiros tributo de admiración ostentando un análisis especioso de vuestras obras. Siendo muy parca, mi discreción creerá ser digna de vuestra nombradía. Sólo os diré que con todas las gentes hispanas, me congratulo al veros revestido de la suprema credencial y del título máximo, embajador del genio español, monarca de incomparable señorío, cruzar selvas y ríos, recibiendo la adhesión y el aplauso tanto en las nuevas ciudades como en los solares viejos, y comprobando que no existe una sola alma castellana que no os reverencie como a una alta encarnación de la raza, a una viviente expresión de su gloria!

Fuera a vuestra significación en los dominios de la técnica, se agrega a vuestra personalidad un significado histórico que vos mismo, no alcanzaréis quizá a valorar cabalmente. Misión la vuestra que se cifra en reinvindicar y renovar los prestigios del idioma castellano, en el campo de América, donda bregan todas las tendencias, donde se disputan todos los valores en una afanosa porfía. Mostráis a estos pueblos, ante cuya juventud ardorosa exhiben todos los pueblos del orbe, sus cualidades y excelencias, como puede la lengua castellana evocar las más sutiles inquietudes contemporáneas, con el más donoso de los decires; recordáis que ella sirvíó para suspirar las más suaves serranas de Finojosa y para secretear los más pícaros donaires del arcipreste; y que su metal sonoro, fué digno de acompasar las hazañas de Cortés y de Pizarro, y aún la insaciada sed de aventuras de aquel Ponce de León, de corazón tumultuoso, que al arribar a las playas blancas de la Florida, frente al violeta mar Caribe, decía de hinojos: «gracias os sean dadas, Dios mío, que al fin he visto algo nuevo . . .»

Esas cualidades viriles las conserva el idioma a través de vuestra obra. Arma de combate, ágil y templada, la transformáis cuando os place, en túnica que exorna la verdad, marcando su línea, lejos de ocultarla. He aquí por qué cuando ustigáis reveses de nuestros tiempos, vuestra prosa es solemne como en Calderón: cuando retratáis salones de elegancia, vuestras mujeres tienen la airosa ligereza que suele campear en Tirso. Y os comparara a Lope por la fecundidad, si no fuera que más similitud os hallo en ocasiones con Quevedo, risueño y profundo, o con Góngora, de quien tenéis el primor sin el conceptismo, o con Larra cuyo gracejo mal disfraza el fundamental romanticismo meláncolico.

Sois pues, sintético, porque sois erudito sin parecerlo. Vuestra originalidad nada ha sufrido con el cotidiano paseo que os brindáis por los vastos jardines de Castilla. De ahí que vuestra obra sin dejar de ser superiormente vuestra, sea ante todo netamente española. Española, sí, enriqueciendo al mismo tiempo a la literatura universal con un nuevo e inmortal binomio. Ya eran definitivos Quijote y Sancho, en Cervantes; Ariel y Calibán en Shakespeare; hoy lo son Leandro y Crispín, en Benavente.

Es la humanidad misma esa yuxtaposición de los contrarios, esa coexistencia del ángel y de la bestia, símbolo inmortal de la condición de nuestro linaje, donde ni el ángel es tan puro que merezca la incondicional reverencia ni el demonio es tan protervo que deje de suscitar un atisbo de simpatía.

Diréis que todo esto, señores, es viejo como el dolor del mundo, mas en nuestro huésped de hoy todo está modernizado, agilizado, puesto a tono de nuestro sentir, actualizado si se me permite el vocablo, por esa ironía benaventina, donde, sin mengua de la claridad, hay siempre un poco de fastidio y un mucho de amor . . .

En la cabeza de este hombre, el óvalo fundamental se afirma en una barba aguda, que recuerda una flecha, lista para herir la injusticia. De ello proviene que haya visto en su expresión, ayudada de dos ojos sagaces, la máscara del Dr. Sutil, divino Mefisto.

Ah!, si el Mefisto del Poema de Goethe es capaz de transformar en fuego, el rudo licor de Auerbach con cuanta más razón a este Mefisto cuya presencia es inverosímil como la de su Dios, le será dado el poder de trocar el vino de este banquete en fuego de pasión y en alma de entusiasmo por la Belleza y el Bien!

España atesora, desde los sensuales tiempos de la morería, una ciudad que adoro.

El valle que se ahueca como una copa; el anfiteatro de sierras, donde en la cumbre, la Nevada merece su nombre; el Dairo y el Genil, que arrastran arenas de oro.

Dejad la trivial ciudad moderna; volved los ojos al abigarrado albaicin: casas sórdidas, miseria entre los patios, donde se ensucian de modernidad las abandonadas fuentes de mármol. Ascended la cuesta por el sendero blanco. Y serán hayas y robledades, sombra suave, torrentes frescos, ruiseñores ocultos y armoniosos. En la cumbre, el alcázar real, solemne y misterioso; y el mirador de Lindaraja, perfumado con todas las esencias florales, viviente todavía de una ardiente intriga de amor.

Así la ciudad que habéis creado como un nuevo demiurgo en el bajo fondo la miseria, la mentira rampante, el sórdido interés, el perjuicio, las negras tempestades del alma. Mas

a medida que se asciende en vuestro pensamiento, se escucha el trino de vuestro lírico ruiseñor y el lamento de vuestra fuente inspirada en la inquietud del bosque primaveral. Y en vuestra cumbre de rey, hay un alcázar solar. Y en el mirador de vuestra montaña, todo perfumado de clavel y todo constelado de estrellas, dos amantes se besan bajo la gloria de la noche estival.

JUAN ANTONIO BUERO.

Responso lírico

Yo te imploro, Dios mío,
por aquellos que sufren hambre y frío.
Para que tú protejas la cabaña,
la vendimia, la flor y el trigo tierno
con que nuestra existencia se acompaña
a través del verano y del invierno.
Por el árbol, te imploro,
que ha de darnos sus flámulas de oro
en las noches de frío.
¡Por el árbol, Dios mío,
que nos dará la cuna
para un niño más blanco que la luna.
Que nos dará la mesa del hogar,
en cuyo torno bebe la familia
el perfume casero del yantar
y del libro se auxilia
el ojo triste en la tenaz vigilia.

Yo te rezo, Señor, porque a la piedra
dés el amor de la insolente hiedra.
Al ave, el ala audaz. Al viento, el ritmo
de su dulce, viajera sinfonía.
A las barcas, el rumbo de los puertos
y el consuelo del agua clara y pía
a la abrasante sed de los desiertos.
Yo te imploro, Dios mío, por los muertos!
Yo te imploro, Dios mío,

por la rebelde humanidad que ignora
la inspiración de tu mandato y llora
en abandono espiritual y hastío...
Por su propio universo, cruel, vacío...
Liviano puente que a tu mundo llega!...
Yo te ruego por todo
y por el alma mía — flor de lodo —
que en tu fuego inmortal triste se ciega.

Paysandú, 1922.

JUAN A. FAGETTI.

Glosas de un observador

Escuela de Experiencia

Es cada día que pasa escuela de experiencia, y son los hechos que más íntimamente nos tocan, los que nos aleccionan. Necesitamos del ejemplo propio, por mucho que sea el conocimiento teórico adquirido, para cerciorarnos de la verdad. Mas, este ejemplo tiene que ser, para la infalibilidad de su eficacia, no el suave y apenas sentido contacto con la realidad circundante, sino la terrible prueba de desventura cruel, cuya incurable herida despierta, con cada punzada dolorosa, el recuerdo del mal sufrido, y, con el recuerdo ingrato, nuestra prevención ante la posibilidad de un nuevo peligro. Desconfiados y cautelosos, por advertencia tal, evitamos a todo trance merecer segunda vez idéntica sentencia, conocedores ya, por la expiación de otrora, de lo implacable de sus rigores.

No es en medio de los halagos de una existencia dichosa y tranquila, donde mejor podamos recibir las enseñanzas de la vida. Ligera huella deja en el espíritu la lucha fácil. Es el dolor el gran maestro de la humanidad. Sus lecciones jamás se olvidan y son fecundas siempre porque han exigido ora el tributo de nuestra sangre, ora el de nuestras lágrimas y toda vez algo de nuestro ser emotivo. Con tan generoso riego, germinó la simiente proficua, que el alma cobijara con el abrigo de su sensibilidad, y ha dado así bendecidos frutos de sapiencia tras el necesario sufrimiento de su génesis. Todo cuanto

hay en el hombre de grande, de puro, de santo, ¿dónde tiene su origen? preguntaba Concepción Arenal, y se respondía a sí misma: en el dolor; agregando luego: Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira o nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún grande dolor como su raíz necesaria.

Grandes dolores, rudas luchas, amargas decepciones son caudales apreciabilísimos en el tesoro de la experiencia. Por lo que enseñan, por el conocimiento que del bien y del mal nos facilitan, las viscisitudes son necesarias, como es necesario caer repetidas veces en el error para, con más prudencia, evitarle luego. Al solio esplendente de la verdad sólo se llega desbrozando errores que, como fuerte urdimbre de enmarañadas malezas, lo cubren. A la posesión completa de la experiencia sólo se llega por los sombríos caminos del desengaño o por las tortuosas vías, sembradas de guijarros, de un doloroso sufrimiento.

Todo conocimiento nace de la experiencia, argüía Conte; toda experiencia nace del sufrimiento, podríase agregar. La impresión que más fuertemente perdura en el espíritu es la que con más rudeza le hiere. El placer se disipa a poco y con él su recuerdo; la dicha no es más que una mentida ilusión pasajera; el triunfo es efímero, y las sombras de una nueva y necesaria lucha no tardan en ocultarlo, borrándolo de la memoria: sólo el dolor, aunque intermitente, es eterno, y la huella de su paso,—repetido en desiguales períodos, pero infaltable siempre,— queda inalterable y perenne en el alma como una herida rebelde a todo reparador cauterio. Por eso, por la dolorosa impresión sufrida, imaginamos las horas de amargas pruebas, de una duración tal, de que carecen las de la dicha; y esas son las que retornan al pensamiento con rara consecuencia y fidelidad singular, cual si fueran las únicas vividas en esta existencia humana, mezcla heteróclita de lágrimas y risas.

El dolor es el gran maestro de la humanidad, hemos de repetir. La decepción y el desengaño son sus coadjutores fieles. Y si creyéramos prudente evitar alguna vez la brusquedad insólita de un desengaño o el golpe aleve de una decepción, ahorrándole al espíritu la pena de un desencanto, juz-

guemos a los hombres por sus acciones innobles, olvidando por un momento sus actos meritorios y laudables. Aquellos surgen, casi siempre, de la espontaneidad del instinto, sin cortapisas de interesados fines, y éstos obedecen, casi siempre también, a bastardos propósitos de granjería, cuyo logro se alcanza con la apariencia de la obra buena. Impulso natural, aunque condenable, el de los primeros; posible movimiento artificioso el de los segundos, como más seguro elemento de juicio, paréceme que no admite género alguno de duda la elección.

Comprobadas fehacientemente estas desconsoladoras verdades, cerca se está siempre de caer en tétrico pesimismo. Tal sería sumar al mal un nuevo mal aparente. Fuerza es aprovechar lo mucho que de aprovechable tiene la realidad dolorosa y, en concordancia con sus enseñanzas múltiples, trazar una más segura norma de la vida. Ni ilusiones desmesuradas, ni inverosímiles esperanzas nos llevarán a los extremos dañosos de una apreciación tan placentera como mentida de los obstáculos a vencer; mas, un exacto conocimiento del mundo nos indicará las rutas verdaderas, las únicas que conducen al acierto de la acción bajo la égida de la experiencia; experiencia que, para resarcirnos de los desencantos sufridos, nos concederá a su debido tiempo el dón infalible de poderlos presentir y evitar.

Gabriel A. de León.

Montevideo.

Allá...

Yo miro a las distancias, allá, a las lejanías,
A donde el horizonte se tiñe de arrebol.
Eran color de rosa mis dulces fantasías,
Así como ese ocaso, y huyeron con el sol!

Hoy miro a los confines, los extremos del mundo,
En donde se confunden el polvo y el azul,
Que allá corrió a perderse el arcano profundo
De mi ensueño bohemio entre nubes de tul.

Mis pupilas se fijan allá y yo vago errante
Sin mirar a la tierra. La tierra es un panteón



Astenia Cid Baeza

De cadáveres llena, me digo, delirante,
Y busco allá las almas que encienden mi ilusión.

Y me oprimo la frente, donde siento una llama
Y me cubro los ojos que amenazan llorar,
Que de sed infinita mi espíritu se inflama,
De sed que jamás pudo el surtidor calmar !

Ilusión

Yo soy la ilusión. Voy vestida de oro,
Con diáfanas blondas de hilos de plata
Y llevo en mis manos la copa de espuma
Que engendra el ensueño color de escarlata.

Yo soy una diosa. Yo tejo guirnaldas
De rosas, de perlas, de estrella y diamantes
Sobre blancos tules de cirrus y lampos,
Y formo en el éter castillos gigantes.

Me engendró la aurora en días tropicales;
Me alumbró en las ondas de un mar en bonanza;
Navego en un barco de gasas velado,
Y es mi hábil remera la alada esperanza.

Se eleva mi barca por entre horizontes
De añil y de gualda, cruzando las rocas
De estrellas, rompiendo mis tules en ellas
Y dando a los vientos ambiciones locas.

Soy una nereida con alas de arcángel.
De las tiernas frondas de las primaveras
Me elevo a las nubes. Soy dueña del orbe,
Pués soy la que enciende las dulces quimeras.

De raro narcótico que arroba y fascina
Mis glaucas pupilas están impregnadas;
De inspirar en ellas ígneas fantasías
El poder me dieron las divinas hadas.

¡Pero, ay, que soy toda fugaz como lampo!
La luz de mis vestes, al arder, se esfuma.
Efímera aureola soy, raudo celaje.
Quien sube a mi barca naufraga en la espuma.

El dolor

Es el eterno guerrero
Que el sendero
Va de la vida cruzando,
Un proyectil va dejando
En cada puerta, de acero.

Sigue el viejo peregrino
Del camino
Su paso polvo arrastrando,
Le han visto muchos tornando
Reacio por donde vino.

No es barrera soberana
La mañana
Para impedir que su flecha
Deje en la frente una brecha
En cada sien una cana.

No brilla el sol en la almohada
Perfumada
Si aquel extiende en la choza
Su planta cruel que destroza
Flores, vergel y enramada.

Nunca se ve alma crecida,
Cuya vida,
No sea imán do su boca
Se adhiera con ansia loca
Para estamparle una herida.

¿Cuál de aquellos monumentos,
Pensamientos,
Doctrinas, leyes honrosas,
Perdurables, generosas,
No hicieron de él los cimientos?

Del ancho mundo en la vía,
A porfía.

Bate sus alas, sin calma,
Nublando el cielo en cada alma,
Sombreando la luz del día.

Ve de la historia en la playa
La atalaya,
Pregunta al atalayero
Si aquel formidable arquero
Hay punto donde no vaya.

Le vi en mi destino adverso.
Su perverso
Brazo hirió mis ilusiones.
Le he visto en mis impresiones,
Cuando escribí el primer verso.

Cuando la muerte importuna,
Una a una,
Mis caras prendas tronchaba:
Padre, madre, hermano, hallaba
En mi corazón su cuna.

Y su flecha envenenada,
Olvidada
Dejó este arquero en mi lecho;
Desde entonces fué mi pecho
La tumba de mi alborada.

¡Oh, dolor, por qué se ensaña
Tu guadaña
En mi alma débil marchita?
¿Qué sabor de ella te incita,
Cuando en acíbar se baña?

ASTENIA CID BAEZA.
(Chilena).

Temico.



El consejo de Boileau

Hatez vous lentement et sans pedre courage
Passez et repassez mille fois votre ouvrage.
Boileau. — Art. poétique.

Pasaron ya los tiempos en que todo estaba por hacer, y en que se podía emprender cualquier trabajo confiando un tanto en el exceso de demanda sobre la oferta, consecuencia de una precaria producción, y otro poco en la buena estrella del empresario.

En la actualidad, quien aspire al éxito debe atenerse, en cualquier orden de la actividad humana, al consejo de Boileau dado a los poetas: apresurarse lentamente sin desmayar y pensar detenidamente antes de resolverse a la ejecución del proyecto.

Pensar muy detenidamente es condición esencial para hacer bien hechas las cosas, bien hechas en cuanto somos capaces de hacerlas bien, pues ya sabemos que el error es humanamente inevitable. Pero si se quiere triunfar, hay que calcularlo todo, hasta el posible error de cálculo. Esto que es fácil en matemática pura, (se calcula fácilmente el error de un logaritmo, por ejemplo) es ya un poco más difícil en la matemática aplicada, en el error de una medida, e imposible en los valores no susceptibles de medirse, en los que hay que dejar librado a una apreciación más o menos vaga, en el estado actual de nuestros conocimientos.

Y sin embargo, es muy común la creencia de que es más difícil una operación de cálculo analítico que un juicio sobre tal o cual persona, o sobre la sociedad; porque es frecuente que nos parezca difícil aquello de que se sabe mucho y fácil aquello de que no se sabe nada o de que se sabe muy poco.

En esto, la humanidad procede como los individuos aislados: cuanto menos sabe más cree saber, y más fácil le parece todo.

No obstante, hay que reaccionar contra este nuevo modo de ser: hay que acostumbrarse a contar con el error, en mate-

mática y en todas las cosas de la vida, con el error, que en la vida suele llamarse adversidad.

Y hay que tener en cuenta que los errores, en los asuntos corrientes de la vida, mientras la vida no pueda reducirse a ecuaciones como decía Hetamendi, serán siempre mucho más frecuentes y mucho mayores que en matemática.

Y aunque en general se crea que es fácil, lo más difícil que hay en el mundo es vivir la vida.

El consejo de Boileau no sólo es aplicable a los poetas: deben tenerlo en cuenta todos los hombres.

F. Arboleya y Arboleya.

Durazno.

Oración

De "Les Poilus"

El cabo Burget, soberbio, presentando sus hombres a todos.

¡Mirad mis Cazadores a Caballo! ¡Qué fieros!
¡No saben ocultarse! ¡Dejadlos caballeros!

¡Es la Caballería! ¡Es la Caballería!
Un impetuoso y loco torrente de hidalguía
Palpitando a las plantas de la vida suspensa
Y en las ondulaciones de la campaña inmensa
Ya ruge y se desborda; ya choca y se agiganta
Y es como un sol: se oculta y otra vez se levanta!

¡Es la Caballería! ¡Es la Caballería!
Es el joven Centauro de la Mitología
Que dió a la Melopeya esa fuente encantada
Donde Homero bebiera la linfa de la Ilíada;
Donde el genio que graba los siglos de la Historia
Moja la fuerte pluma, como lanza de gloria:
¡La de César y Aníbal, cubiertos de laureles,
Cuando, bajo la tromba de la hueste enemiga,
Saltaron en los lomos de los bravos corceles
Libertados al peso de la vieja Cuadriga!

La Edad Media, nodriza de gigantes hazañas,
Encerrada en los fuertes de las altas montañas,
Quiso llevar al llano toda su fantasía
¡Y dió al mundo la gloria de la Caballería!
¡Ah! Yo veo la estampa del primer Caballero:
Un hombre y un corcel, recamados de acero;
Un corazón romántico, que aspira el Universo;
Una historia de locos, aprendida en un verso;
Una lírica empresa, una dama, una flor,
¡Un sueño de justicia y un romance de amor!

¡Es la Caballería! ¡Es la Caballería!
Es siempre arrolladora y es bella todavía:
Ha mostrado sus crines, libertaria y quimérica
Recorriendo las selvas de la joven América;
Ha marcado sus cascos sobre la estepa helada
En el sueño imposible de una nueva cruzada;
Ha dado de su sangre para todas las guerras;
Ha paseado sus galas sobre todas las tierras
¡Y todas las auroras y todos los confines
Conocen las llamadas de sus fuertes clarines!
¡Es la Caballería! ¡Es la Caballería!
¡Es siempre arrolladora! ¡Es bella todavía!
¡Mirad mis Cazadores a Caballo: qué fieros!
¡No saben ocultarse! ¡Dejadlos caballeros!

Canto al vino

De "La canción de la miseria"

¡Cantemos al vino!
¡Cantemos al vino, bebiendo la vida!
marchando a lo largo del triste camino,
pensando en el goce que al sueño convida.
Burlando a las horas, burlando al destino,
burlando al dolor!...
¡Cantemos al vino soñando en un sueño que nunca despierte,

tendiéndole un brazo a la muerte
y alzando otro brazo, tendido al amor!

¡Cantemos al verso del rojo poema,
que ríe y que llora, que besa y que quema,
lo mismo que el labio de hermosas mujeres
que matan, brindando
dolores placeres:
¡serpientes que miran con ojos de extraño candor!...
¡lo mismo que el labio de aquellas bacantes hermosas,
de aquellas bacantes de Crecia, que van vaporosas,
blancas como diosas,
sembrando el camino de rosas,
debajo los arcos triunfales de pámpanos de oro,
cantando el poema sonoro
de aquellas paganas mañanas de soles de rojo esplendor!...
¡Lo mismo que el labio de aquellas
distantes estrellas,
distantes y bellas,
de un mundo imposible, de un mundo mejor!!
Cantemos al vino los cantos mejores,
siguiendo las aguas del tiempo que atrasa,
con los bebedores,
con la gran locura que a la vera pasa,
con la caravana de los soñadores,¦
sobre el gran desierto desconsolador!...
¡Los grandes paganos,
los hombres humildes, los tristes y ufanos,
todos a una altura, dándonos las manos!
¡todos como hermanos
de un único reino de amor!;
¡cubiertos de pámpanos rubios y blancas coronas de flores,
que tejen mujeres de labios divinos
manos de alabastros,
senos venusinos
con blancas copas para los licores
que se paladean sobre los caminos
que besan los astros
como luces que agitan las fibras celestes, del leve temblor!...

¡Cantemos al vino que al raro conjuro de un mago responde,
que lleva la barca que va hacia la loca alegría bogando!...
¡que la dicha esconde!
¡que la va sembrando,
no sabemos donde
ni sabemos cuando!
¡Cantemos!, ¡soñemos!
¡boguemos!, ¡rememos!

EDGARDO UBALDO GENTA.

La Calumnia

«Cuando se dirige hacia mí una injuria sangrienta, levanto un poco mi corazón y la dejo pasar por debajo sin rozarlo».

Lord Macaulay.

La calumnia es la falsa imputación hecha a un hombre que se sabe es inocente de un hecho repudiable, que por sí mismo y para la opinión pública constituye un delito capaz de engendrar el odio o el desprecio.

Ella, con su cieno inmundo, pretende alcanzar a tres clases de individuos: a los calumniadores, al que oye la calumnia y al calumniado.

Los primeros reciben la extorsión con el propio torcedor de sus conciencias; los que la han oído dicen aquello de que «no alcanza a quien quiere sino a quien puede», y a los que villanamente va dirigida siguen convencidos de que nadie puede turbiar la tranquila corriente de una vida honrada, cimentada por una hombría de bien puesta constantemente a prueba.

Los calumniadores son siempre espíritus pusilánimes sindicados en la sociedad por sus propios desprestigios, impotentes de proclamar su afrenta con el corazón descubierto; maquinan en la sombra, y cuando llega el claro día en que se les descubre su delito, se disipan con argucias en el misterio, falseando con la vaguedad de la sospecha o injuriando en las sombras del silencio.



César Alvarez Aguiar

Apremiados por su víctima para solidarizarse de la ofensa inferida, inspiran su ignominia en la falsedad del hecho, y agobiados por la acusación de su monstruosa infamia, mistifican con vileza un simulacro de honor, como Quijotes de opereta.

La calumnia jamás deja surcos, aunque al inspirador siempre se le conocen huellas.

La inocencia triunfa sobre ese aborto del Mal, como si una gracia superior, engendrada por la Verdad, destellare un nimbo de luz sobre ese mar inundado de tinieblas.

Cobardía y calumnia son sinónimos, que como los fantasmas de la leyenda, van al despeñadero con el rostro enmascarado y el alma putrefacta.

César Alvarez Aguiar.

Balada montañesa

Mujer, suelta la rubia cabellera
al loco viento del atardecer.
Verás que hay luz en la campiña entera
y una visión de claro amanecer.

Moja tu pié de lirio en la vertiente;
¡qué ágil el agua sentirás correr!
Y en el nuevo cantar de la corriente
hasta el labriego te ha de conocer.

Alza las manos de rosal florido.
Tiende a la brisa su alba pequeñez.
Todas las aves dejarán su nido
viendo que el aire empieza a florecer.

Canta al paisaje tu vivir sencillo
de quieta y ruborosa placidez.
Será tu voz una canción de grillo
refrescando los oros de la miés.

Y deja el corazón en la fontana
de este brumoso pueblo montanés.
Cuando bajen por agua las aldeanas
han de sacar amores cada vez.

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.

Santiago de Chile.

Guillermo Matta

Al buscar allende los Andes en la patria gloriosa de O' Higgins, un espíritu selecto, culto y batallador he hallado varios, y entre ellos el de Guillermo Matta, ser humano que en vida fué político, orador, diplomático, soldado, poeta...

Lo he hallado y lo presento como modelo del cultivador de múltiples manifestaciones de la actividad humana, de esa actividad digna de los *dioses olímpicos* cuando es inspirada por risueños ideales que, una vez convertidos en realidad, se presentan rodeados por una aureola de belleza...

Guillermo Matta, paladín irreductible de la libertad, partidario entusiasta del progreso, amante de la belleza, conoció las amarguras del destierro, dolores morales que paulatinamente aniquilan al desdichado ser que los experimenta, y más aún cuando son originados por causas verdaderamente injustas...

Mucho sintió alejarse de su adorada patria; mas el dolor jamás logró vencer su voluntad, ni pudo obstruir el recto sendero que las facultades superiores de su espíritu le imponían, por ser él, demasiado grande y sus amigos demasiado buenos.

Sí, sus amigos eran buenos y llevaban consigo la alegría, el entusiasmo de esos hombres rústicos de nuestras campiñas que a la vida no la sienten pasar; entre ellos Benito Pérez Galdós, con su pluma sensible, mantuvo vivo en él el sentimiento hacia su patria, el respeto que todos debemos tener a la humanidad, por sufrir ella igual que nosotros y con nosotros, y el amor a todo aquello que es grande a pesar de encontrarse en contacto con el hombre, generalmente de espìritu débil y susceptible de ser fiel esclavo de la envidia, el egoísmo y los vicios más detestables.

El dolor, el mejor pero el más austero amigo y consejero del hombre, reportóle enseñanzas múltiples — en esos días aciagos — que les fueron de utilidad indecible en el porvenir; el dolor intensificó el aprecio y admiración que sentía por la tierra de sus dorados ensueños, por aquellos *hermanos* que, al derramar su *savia generosa* por los valles, colinas y montañas de esa tierra do fructifican fácilmente las simientes esparcidas por el labriego y regadas por el agua que de las nubes cae, hicieron surgir de ella una nación noble y poderosa.

Los hijos de otros países y especialmente los compatriotas de Cavour y Garibaldi, al prestarle solícitos cuidados, al curar las llagas de sus pies inquietos, al presentarle sencillas pero valiosas pruebas de amistad y simpatía motivaron la producción en su corazón acongojado, de un nuevo sentimiento, tan bello y sublime como el patriótico, el sentimiento de fraternidad, de solidaridad.

Matta fué soldado cuando la patria precisaba los brazos viriles de sus vástagos, para defender y mantener la integri-

dad de sus instituciones, fué admirador del Quijote, fué diplomático y político de ideas y no oportunista, e inspirado poeta que entregó a la posteridad las flores que se abrieron en su jardín interior en la *Primavera* y en el *Invierno* de su existencia.

Sus poesías llegan hasta el espíritu del lector, exornadas con la belleza de la verdad y la grandeza de la sinceridad.

Del delicado espíritu de Matta surgen luminosas ideas en el lenguaje del ritmo y la armonía; ora impetuosas — fustigando a los tiranos de los pueblos — como el agua que avasalladora pasa en arrollador torrente, ora magníficas — ensalzando la humana actividad o del Universo la hermosura — como el agua fresca y pura que se escapa de la tranquila fuente. ..

René Julián Barú.

Montevideo, 1923.

Poemas en prosa

I

Absorto en la contemplación de la muda
elocuencia de tus encantos, fluyen de mi pecho
los ensueños de mis noches infinitas de ternuras
y es bajo la influencia de tu cariño que me
siento fugar hacia regiones siderales . . .

II

Sencillamente, sencillísimamente veleidosa y risueña,
cuando escapas al imperio de las cosas tristes
y te expandes en libre albedrío por los campos
en flor, hay gloria de cielo y luz de pasiones
en tu subyugadora inocencia y eres una diosa
apocalíptica fugando a los primorosos jardines
de la ilusión . . . Sencillísimamente!

III

En la complicada combinación de tus cabellos más
negros que el misterio y en la inmutable cisterna
de tu mirada, aletean en divino connubio las gracias



Luis Rodríguez Legrand

celicales de una ninfa entregada al capricho eterno de la florida Primavera . . .

Y así niña amada, eres la suprema encarnación de mis anhelos! . . .

IV

Oh, cómo quiero vivir, a pesar de todo mi escepticismo,
cuando siento el latido de tu corazón junto al mío,
y tus palabras, Wagnereando en el sublime
hálito de tu serenidad, me susurran al oído
las pasionales querellas de tu alma mística
y candorosa . . .

V

Entre el continuo parpadeo en que pretenden esconderse tus ojos penetrantes, vislumbro

a menudo la vaga insinuación de un poema
de amor...
Y te sueño como eres: toda harmonía divina
y excelsitud espiritual...

LUIS RODRÍCUEZ LEGRAND.

Discurso pronunciado, en el banquete dado el 8 de Noviembre de 1922 en honor del Profesor Fougéres.

Profesor Fougéres:

Os hablo para ofreceros este sencillo homenaje que es una exteriorización espontánea de la simpatía que vuestro admirable talento ha despertado en el ánimo de todos los presentes y que, apenas representa un eco vago del entusiasmo sentido y de las emociones recibidas por todos los que han tenido la suerte de oíros en la oportunidad de vuestras conferencias, pero cábeme, más especialmente, el honor de dirigiros la palabra en nombre de la Facultad de Arquitectura del Uruguay, cuya cátedra de extensión cultural ha sido honrada estos días por vuestra palabra sabia, por vuestras interesantes disertaciones sobre la vida helénica, llevando a nuestro espíritu la noción exacta, clara y sorprendente de vuestro profundo conocimiento y de las exquisiteces de la crítica que habéis hecho como arqueólogo, como artista y como maestro de aquella pura vida helénica que aún perdura como un símbolo de perfección y de amor a la belleza.

Francia, la sentimental, devota siempre de ese amor sublime, clarovidente y con visión precisa del alma de una raza ejemplarizadora, envía casi anualmente a Grecia algunos de sus hijos predilectos, a la inmortal Grecia que es templo destruído y enhiesto a la vez de todo lo bello, comprendiendo que allí, de aquellas maravillosas ruinas se irradian constantemente, como hálito bienhechor, las enseñanzas básicas, los ensueños más puros de arte y las mejores expresiones plásticas

de vida intensa, de sentimiento estético o de realidad hermosa.

Y esos hombres, así seleccionados, entre los muchos que tienen vocación para los estudios especulativos, ungidos ya en un ambiente de cultura excelsa, van a Grecia como verdaderos apóstoles del bien y de las satisfacciones del espíritu, sin otra compensación significativa que la proporcionada por los placeres íntimos que se sienten en la investigación prolija; van todavía a escudriñar ruinas y a remover aquellas privilegiadas tierras de miles de años, en busca muchas veces de un átomo, de una sola gota de la savia útil que les dá la historia para infiltrarla después en el cuerpo de la Francia y del universo entero, como un nuevo rayo de luz que ilumine el camino que sigue la humanidad hacia el deleite de una vida más perfecta.

Persevera Francia en el clasicismo como si quisiera extraer de sus entrañas todo lo bueno, todo lo justo, todo lo bello; pero no para arrogarse las formas y los principios que no le pertenecen y que tampoco cuadrarían a su espíritu renovador en constante avance y de acción independiente, y sí tan solo, para guiar el gusto y la inventiva de sus artistas por las sendas más racionales y de mayor pureza, hincando los jalones de sus artes como se hizo en las grandes edades ya vividas, en una evolución paralela a la huella marcada por los sentimientos, el saber y las costumbres de cada pueblo y de cada época.

No es otra la razón de la existencia de esa institución que se llama Escuela de Atenas de la cual ha sido el ilustre Profesor Fougéres miembro distinguido primero y Director dignísimo después. Es una institución de estudios filosóficos, históricos y artísticos cuyos benéficos dones se expanden por intermedio de la brillante intelectualidad francesa en la cátedra y en los libros, dentro de Francia y fuera de Francia.

Y ahí tenéis, señores, como nosotros que estamos muy lejos en distancia de la gran nación y muy cerca de ella por nuestras vinculaciones ideológicas y por nuestro cariño, hemos recibido también el soplo suave de los encantos y de las enseñanzas de la vida ateniense por uno de sus grandes mentores, por un propio ex-director de la famosa Escuela y por obra y gra-

cia del desprendimiento y del patriotismo de varias asociaciones franco-uruguayas unidas en el propósito firme y elevado de exaltar aún más esas vinculaciones y esos cariños entre Francia y los pueblos de la América del Sur.

A los componentes de esas agrupaciones que han tenido la iniciativa de estos acercamientos intelectuales debemos pues, gran parte de nuestro agradecimiento por habernos brindado la ocasión de oir aquí en nuestra propia casa de estudios, en el modesto ambiente de la tierra uruguaya, las lecciones metódicas, de clarísimo y hermoso concepto, dictadas en forma siempre amena por el notable Profesor de la gran Sorbona, que es madre de Universidades y cuyo influjo científico y literario se percibe en todos los ámbitos del globo como un efluvio benefactor y sentimental esparcido desde París, que es alma y es centro del saber del mundo, por ese altruismo incontestable que es patrimonio de toda la raza latina.

Pero nuestra gratitud se colma hacia la gentileza del Profesor que hoy rodeamos con simpatía personal y con admiración verdadera pues si ella no hubiese mediado para que el gran maestro ampliara el programa de su excursión cultural por los países americanos viniendo también a Montevideo, nos habríamos visto privados de aquellas incomparables lecciones, dictadas por la misma voz y análogas a las que se dan en plena Sorbona, que han venido a enriquecer las etapas de nuestros reales adelantos presentándonos, una vez más, ante los ojos del mundo como una nación anhelante de todos los progresos y definitivamente vinculada a todas las manifestaciones que impliquen amor a la sabiduría y amor a las artes.

Y si vuestra palabra ha conmovido ciertas esferas intelectuales de la Sociedad haciendo nuevos prosélitos para los estudios del arte clásico, imaginamos cual no será la sensación producida por vuestras evocaciones en el seno de los centros que, como la Facultad de Arquitectura aquí representada por profesores, por egresados y por alumnos sienten una devoción inmensa por la Grecia y llevan en la bandera de sus aspiraciones el ideal de las concepciones artísticas que puedan mañana legarse a la posteridad como fueron legadas las maravillas que nos habéis mostrado a traves de vuestro temperamento incomparable.

Mr. Fougéres: brindo por vuestra felicidad personal, por la prosperidad de la Escuela de Atenas cuyos beneficios han alcanzado hasta nosotros y porque las relaciones con Francia se mantengan afectuosas proporcionándonos amenudo ocasiones como ésta para poder exteriorizar nuestra admiración y nuestro reconocimiento hacia ella en la persona de sus hijos ilustres.

J. Vasquez Varela.

Montevideo, Nov. 8/922.

Incertidumbre...

El veneno sutil de una duda,
— de una duda sutil y perversa —
hace días me tiene intranquilo,
así como enfermo
de agudas tristezas...

Menos daña la mano que aleve,
traicionera — nos hiere a mansalva —
que la mano querida de seda,
hincando al descuido,
la duda en el alma...

Me han herido unas manos piadosas
que un tiempo curaron mis viejas heridas...
... Las manos aquellas, que tanto he besado,
aquellas liliales
de Sor compasiva!...

Como ignoro la causa lejana
de esta duda sutil y perversa,
he llegado a pensarme, que acaso
me hirió sin quererlo,
la mano de seda...

Eudoro Melo.

Canelones.

Paysandú histórico

8 de Octubre de 1811.

A raíz de la muerte heróica de Francisco Bicudo y sus abnegados compañeros, el general en jefe del ejército auxiliar enviado por la Junta Gubernativa de Buenos Aires a la Provincia Oriental se preocupó de la reconquista de Paysandú y fijó sus ojos en el capitán de dragones don José Ambrosio Carranza, que tantas pruebas de valor y patriotismo había dado ya. Nadie, sin embargo, ha establecido hasta hoy la verdadera fecha, ni siquiera el mes en que se realizó tan loable empresa, a pesar de que la «Gaceta» de Buenos Aires hizo mención de ese hecho en su edición del 19 de Octubre de 1811, si bien en términos imprecisos. El distinguido historiador nacional don Clemente L. Fregeiro fué el primero en mentarlo en el número 42, página 89 de los «Anales del Ateneo de Montevideo», correspondiente al 5 de febrero de 1885, en cuya revista se ocupó con alguna extensión del Exodo del Pueblo Oriental; pero ese ilustrado publicista se concreta a decir que Carranza entró a Mercedes el 8 de septiembre de 1811 «y poco después atacó y tomó á Paysandú, después de una lucha sangrienta y de dos ataques consecutivos llevados a la plaza». Don Francisco Bauzá, — a pesar de su indiscutible versación en cuestiones históricas, — al referirse en 1897 al mismo asunto en el tomo III, página 202 de su obra intitulada «Historia de la dominación española en el Uruguay», no arroja más luz al respecto, pues aceptando sin duda la información del citado autor, se expresa así: «En los primeros días de Septiembre, apareció Carranza sobre Paysandú, embistiéndolo con el mayor denuedo. Después de dos ataques consecutivos, se hizo dueño de la ciudad, con pérdida de más de 100 hombres».

Ahora bien; conocedores de los documentos respectivos, podemos afirmar categóricamente que la reconquista de Paysandú tuvo lugar el 8 de Octubre del expresado año. El parte pasado por Carranza con igual data, al Gobierno de las Pro-



Setembrino E. Pereda



vincias del Río de la Plata, comienza diciendo: «Tengo el honor de dar a V. E. la plausible noticia de haber ocupado este día con las armas de la Patria el oprimido pueblo de Paysandú sin oposición alguna, después de haber tenido con los portugueses dos choques en el paso de Yapeyú y rincón de los Haedos, en los que fueron completamente derrotados». El 18 repuso aquella suprema autoridad en los términos que van a leerse y que también copiamos en lo pertinente al caso: «El Gobierno ha recibido con la mayor satisfacción la plausible noticia de la restauración del pueblo de Paysandú por las armas de la Patria que usted le anuncia en 8 del presente mes, cuyo suceso afianza más cada día el justo y honorífico concepto que se han adquirido esos habitantes sin interrupción».

En una exposición aún inédita dirigida por Carranza en 1826 al Gobierno Argentino, se amplían los precedentes datos: «Relevado el señor Belgrano», se dice en ella, — «por el señor brigadier don José Rondeau, fuí destinado al arroyo de la China de Comandante de armas, y viniendo a esta ciudad en comisión, se me ordenó que prontamente pasase al sitio de Montevideo. Luego que me presenté al jefe, me comisionó para la reconquista del pueblo de Paysandú, ocupado por los portugueses. Salí con poca fuerza pero con ella acabé con la División que había en el Río Negro, paso de Yapeyú. Luego acometí a la que estaba situada en el arroyo de la Leche, y en ambas acciones no quedó un portugués que llevase la noticia de su destrozo. Sorprendí al pueblo con tan feliz suceso que se cubrieron las calles y los campos con 146 cadáveres y doble número de prisioneros».

El capitán Carranza, abuelo de nuestro ilustre compatriota el doctor José Sienra Carranza, fué un soldado tan meritorio, valiente y pundonoroso como modesto, pues no obstante haber sido siempre el primero y el más esforzado cuando había que afrontar el peligro, jamás conoció la vanidad ni sintió aguijoneado su férreo espíritu por la ambición de mando, porque prescindiendo de su grado y sacrificios, se presentó en distintas épocas a los superiores jerárquicos, en calidad de humilde subalterno, como lo comprueba su brillante foja de servicios que hemos examinado y que está subscripta por los más encumbrados personajes de aquellos tiempos heróicos.

El país debe, pues, veneración a su memoria, y Paysandú que él supo arrancar del poder de los intrusos, un especial reconocimiento, desde que honrando a los héroes se honra también a la Patria.

SETEMBRINO E. PEREDA.

Montevideo.

De "Las loas del terruño"

I

Los horizontes.

Campo y campo. Doquier, el campo alucinante,
triste y grave, dormido, opaco y silencioso;
aquí, con manchas verdes, y más allá, terroso;
azulados los lomos de algún cerro distante.

Por el largo camino que se va culebreante,
arado por los carros de un plañido rijoso,
el pentagrama mudo del alambrado astroso,
que se esfuma pigmeo en el confín errante...

Salpicando con motas opacas la esmeralda
de las cuchilas, se alzan los ranchos de terrones,
solitarios y mudos. La maraña, en la falda

de los arroyos pone guirnaldas de festones.
Un vuelo de palomas. Un chillido de tero.
Y el silencio otra vez abraza al campo entero.

II

El ombú.

A veces, en la inmensa llanura solitaria,
que se va a los confines tal como un desconsuelo,
se yergue un viejo ombú, trazando sobre el cielo
su mueca de medusa, salvaje y serpentaria.

Solo, triste, anguloso, su traza funeraria
—que no amengua el follaje que le sirve de velo—
es la de un Laoconte que hincado sobre el suelo
alzara hacia los astros su trágica plegaria.

Los años le han llenado de arrugas a montones,
y así, lleno de arrugas, parece un noble anciano
contemplando la marcha de las generaciones

que se van sucediendo en el hogar cercano:
hombres, mujeres, niños — misérrimas hormigas
que arrastran bajo el sol sus ansias y fatigas.

III

Los vacunos.

Sobre el blando declive de una loma amarilla,
casi inmóviles, lentos, paciendo en el herbaje,
los vacunos salpican con su obscuro pelaje
la alegría vibrátil de la blanca flechilla.

Su tranquilo concierto en la suave cuchilla
da un sabor primitivo al huraño paisaje,
y es el cuadro que ofrecen como un casto miraje
de Arcadias que se aduermen en la tarde sencilla.

En pié, graves, eternos de mudez y reposo,
miran hacia adelante sin mirar, abstraídos
quién sabe en qué recuerdo lejano y misterioso,

o en la alfombra de trébol echados, recogidos
en un bloque de carne, duermen el magestuoso
sueño de los que saben de muertes y de olvidos.

IV

La majada.

Y más allá, en el valle, de una paz asoleada,
oloroso de hierbas, oloroso de hinojos,
alegrado de cardos y prendido de abrojos,
la visión femenina de una blanca majada.

Bajo el sol que se vierte en cálida oleada,
las ovejas, rumiando del pasto los manojos,
se desplazan despacio siguiendo sus antojos
o bajando en hileras a la fresca cañada.

Blancas, tranquilas, dulces, su teoría entrapélica
trepa por el collado, ríe en los hontanares,
se hunde en los horizontes de una claridad célica;

y cuando ya la tarde se acuesta en los pajares,
humildes, reposadas, con «poses» evangélicas,
retornan al corral, balando sus cantares.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo.

El señor Lopepegui

Barbon, picado de viruela, bien perfilado, sin rodilleras ni arrugas en su terno,— el señor de Lopepegui era un admirador de nuestra campiña.

Por todos sus ámbitos, encontraba siempre un motivo para inspirarse! Un arroyuelo fangoso o límpido, — un tala espinoso o desgajado, — una flor del aire, — un jilguero o un carancho; bastaba para que ya no pudiera más, con sus ansias de cantarles o exaltarles sus maravillas!

Tenía montones de borradores dedicados a perdurar con su letra menuda, sus tachones o entrelíneas, lo que le sugirió el gallo en lo alto de una higuera,—la perdiz entre los surcos, el buey uncido a la carreta.

Le faltaba, sin embargo, el estímulo del auditorio de una sala, de los lectores de los diarios, del público en general, que lo empujara a la superficie, lo consagrara un poeta o un literato, o lo ... reventara!

Y la ocasión le vino. Una velada pueblera le tendió su mano protectora y en el programa consabido, su número, fué anunciado de la manera siguiente:

Canto al Ombú, por E. de Lopepegui

Daban las 10 de la noche. Teatro lleno, predominando la más bella mitad del género humano.

Se levanta el telón. Lopepegui aparece y saluda. Avanza hasta las «candilejas» y previa metida de la mano izquierda en el bolsillo interior derecho de su jaquet verdinegro, saca

un pequeño rollo que extiende con la derecha, a fin de empezar la lectura de su contenido.

Y con voz y ademán de quien quiere hacerse el interesante, dice lo que jamás allí se oyó:

"Canto al OMBÚ"

¡ Oh sombra de Lepanto !
¡ Oh tradicional Ombú !
Quisiera elevarme tanto
Hasta llegar a «tú».

Basta, dijo uno. Que lo premien dijo otro. Que lo estuchen, balbuceó una jamona. Que lo aplaudan, prorrumpió la sala. Que lo prendan, barbotó un peluquero. Y Lopepegui, erguido y mudo, tentando a cada aflojada de los comentarios, seguir *avanti*, enrolla cuidadosamente su producción, mira desdeñosamente a los «bárbaros» que lo envidian, dá una media vuelta en redondo y se pierde entre los telones, dejando tras de sí, una riquísima sensación de un talento incomprendido.

....

Tiempos pasados dí con su impecable individualidad. Nada hablamos del «sucedío». El se hizo a cien leguas de lo que yo me sabía de memoria; y caminando piano, piano, hasta su modestísima residencia, comprendí que razón tenía, para vivir flaco y renunciar a decirle media palabra a nadie, por aquello de que

En este mundo Fifí
No es bastante columpiarse
Para llegar a elevarse
Como lo pretendes «tí».

José María Tiscornia.

Madrigalesco

En el hermoso ramo de tu envío,
matizado con arte misterioso,
adivínase el tacto primoroso
de manos de mujer, por su atavío.

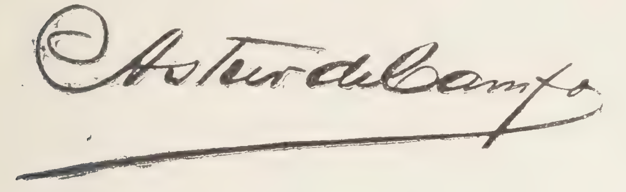


Astur de Campo

Hay tanta sugestión en sus primores,
y en su aroma, tal fluyen los placeres,
que dudo si estas flores son mujeres
o ustedes las mujeres son las flores.

No quiero penetrar el dulce enigma,
porque vivo en un mundo de quimera
donde surgen en sueño los amores;

Y fuera para mí fatal estigma
si al retribuir tu gentileza, diera,
diferencia entre ustedes y las flores.



Jesús y Colón



Monumento erigido en la Plaza Independencia. — Durazno

Jesús, cargando la cruz después de redimir a los hombres, y Colón, cargado de cadenas después de entregar un Continente, son testigos históricos que declaran sobre las injusticias y los errores tan comunes de los contemporáneos. La posteridad es la que pronuncia la gran sentencia, el solemne juicio que exalta la memoria de los buenos y execra el recuerdo de los malos: el Justo inmortalizó su martirio, se convirtió en eterno ejemplo, y Colón, el navegante que mendigó subsidios a los soberanos de la tierra, prestó un nombre a las edades y dió un mundo a los siglos.

José A. Piaggio.

A la mujer Hispano-Americana

Soneto

Hizo Dios de la dulce americana
Un prodigio de gracia y de hermosura.
Dióle de nieve andina la tersura,
Y puso en su mejilla fresca y sana
Los matices del nardo y de la grana.
Dióle ingenio gentil y donosura,
El alma apasionada y la fé pura
De la noble y altiva castellana.
Es su mirada límpida y serena
Fuente de inspiración y de lirismo.
De forma escultural: de virtud, llena.
No es la Venus sensual del Paganismo,
Que sólo los sentidos enajena,
Es la Virgen de amor del Cristianismo!

ALEJANDRO ALAVA.
(Español).

De "Crónica de Muníz"

Muníz y "El Mellizo"

Aquel día el trajín de una afanosa tarea ponía una nota de desusada actividad en la estancia del caudillo.

Desde el atardecer anterior, hora en que llegó la comparsa de esquiladores, los aprontes para el trabajo pusieron en movimiento a todos los habitantes de la estancia.

Esa mañana, cuando aún el sol dormía entre las nubes que envolvían la cumbre del Cerro Largo, las majadas avanzaban lentamente por el Cerro de Medina, en dirección a los bretes.

Eran como una extraña caravana, subiendo en desorden por los senderos que se arrastraban en las cuchillas.

Los campos, hasta entonces dormidos y desiertos, se alegraron con aquel desfilar de blancos vellones que en capri-

chosas columnas los cruzaban, entonando a los aires el concierto múltiple de sus balidos, entre los que se oyen las voces de las ovejas que en la precipitación de la marcha olvidaron a sus hijos, extraviados en la multitud; los llamados de los corderos que por brincar perdieron a la madre; y entre tantas voces suaves, que se suceden y multiplican, el ronco balido de los carneros que cortejan a las tiernas borregas, que marchan a prisa por esquivar los requiebros de sus austeros galanes.

Así, como un pueblo o un ejército en marcha, llegaban las majadas al corral, siguiendo a las más audaces ovejas que avanzaban describiendo las caprichosas curvas de los senderos.

Cuando toda aquella multitud estuvo encerrada en los bretes, ya las esperaban los esquiladores en el galpón, barrido y preparado prolijamente para la faena.

En tanto que el sol ascendía sobre la tierra, en el galpón las tijeras entonaban un canto de trabajo, y en el corral las ovejas remolineaban levantando una nube de polvo que las envolvía.

La tarea, abandonada durante las horas del almuerzo, se reanudó en las primeras horas de la tarde.

Era una tarde de Octubre, cuando recién los campos renacían del sueño letárgico del invierno.

A pesar de que aún no era normal en aquella época del año, la tarde tenía todo el sopor de los días estivales.

Nuestra primavera, tan variable, tiene a menudo esos cambios bruscos y acentuados; así, a un día ventoso y frío, sigue otro quieto y cálido.

El de entonces era así.

En el cielo, límpido con una rara transparencia, el sol estaba radiante de luz.

Como suspendidas en el espacio, densas y quietas, nubes todas blancas se hallaban dispersas a grandes distancias en la diafanidad luminosa del azul.

Por lo demás, la bóveda celeste presentaba un aspecto de inmutable quietud. Hasta el sol mismo parecía moverse con mayor lentitud que los demás días.

Por los campos florecidos difundíase idéntico sopor.

La luminosidad que bañaba las cuchillas tornaba descoloridas y sin vida a las margaritas que en los crepúsculos matizaban la verde alfombra con manchas de sangre o con sus tintes violáceos. Hasta las propias gramillas, verdes con la juventud de sus primeros días, que borraron el ambiente de muerte que dominaba en los campos, se habían tornado amarillentas bajo los rayos solares.

En los montes, los árboles aún desnudos mostraban sus ramas enrojecidas por la savia que volvía a correr.

Ni un canto, ni un ruido rompía el enervante silencio de aquel mediodía.

A veces, una paloma con volar lento, cansado, abierto su pico por el calor, viajaba por los aires en los que reverberaba la luz.

En el corral las ovejas se reunían en grupos, agitadas, temblorosas por el calor sofocante que las abrasaba, defendiendo sus cabezas entre las patas de las demás, del sol que pesaba sobre sus lomos.

En la amplitud del corral, aquellos animales que esperan a los «agarradores» que los han de llevar para que los trasquilen, dan una impresión de doloroso cansancio.

Ni un balido, ni un salto. Sólo se oía el agitado respirar que convulsionaba los cuerpos, o la ronca tos que provocaba el polvo levantado por las ovejas que remolineaban cuando los «agarradores» elegían una de ellas.

En el ambiente, que no refresca la más pequeña brisa, se levanta un acre olor a estiércol.

En el galpón, el ruido incesante y monótono de las tijeras que hienden los vellones abriendo anchurosas franjas, eleva un himno de trabajo.

Hay el mismo sopor que en el campo y en el corral.

Alineados a lo largo de las paredes, sobre el piso prolijamente barrido por la escoba que maneja sin descanso el «canchero», vestidos de chiripá y remangada la camisa por encima del codo, los esquiladores tienen entre sus piernas a las ovejas que trasquilan.

Hincados sobre el animal que yace, maniatado, a sus pies, los hombres, con el rostro sudoroso y enrojecido por el calor, manejan diestramente las tijeras que van desnudando de sus vellones a las ovejas.

Es un trabajar continuo, en el cual se aprovechan los minutos que entonces valen oro.

A veces, entre el monótono ruido de las tijeras, se levanta el quejido de una oveja que ha sido herida.

Se oyen entonces las voces irónicas de los esquiladores, mientras el que ha lastimado a su animal lanza una imprecación contra la pobre víctima, en cuyo costado un hilo de sangre enrojece el vellón recién cortado.

De los animales se desprende un fuerte olor a sudor que domina en el ambiente, haciendo más enrarecido el aire que se respira.

A ratos, una oveja toda blanca se ha levantado de entre las manos grasientas del hombre, que le quita los últimos mechones de lana.

Tiene el aire extrañado. Al sentirse libre parece no reconocerse bajo su nuevo estado. Llegó en los brazos del «agarrador» toda cubierta de largo vellón ennegrecido por la tierra del corral, y sale toda blanca, con una blancura amarillenta en la que hay algunas listas rojas de su sangre.

Al sentirse libre, yérguese nerviosamente sobre sus patas que golpean el suelo; mira sorprendida a su alrededor, y emprende su carrera dando brincos de alegría al verse más ágil y más joven.

Inmediatamente su lugar es ocupado por otra, operándose de este módo la transfiguración de la majada.

Así se continuaba la esquila, en medio del canto de las tijeras, dominado a intervalos por los quejidos de las ovejas y las voces de los hombres, que sin levantar siquiera la cabeza dirigían irónicas humoradas a los que herían sus animales.

En las casas, todo era entonces pensar en aquella fiesta del trabajo.

Mientras las mujeres trataban de que nada faltase en el galpón, los muchachos, alegres de poder solazarse a su antojo, hacían de agarradores, encontrando en esta tarea grandes motivos de esparcimiento y de solaz.

Autorizados para ello, se confundían en el polvo de la playa del corral, andando a veces en cuatro pies, empeñados en la caza de la pata de la oveja que habían de llevar. Y a pesar del sol que caía sobre sus cabezas y del polvo levantado por

los animales, que les desfiguraba el rostro, ellos seguían con la jovialidad de sus pocos años y el encanto de lo singular de la tarea, revolcándose entre los animales y cubriéndose de tierra las ropas y los rostros sudorosos; todo ello entre alegres y sonoras carcajadas, provocadas por los cómicos incidentes de sus juegos.

Así, con la alegría sana que surge del trabajo, continuaba la esquila, cuando una nota extraña vino a detener por unos instantes el canto de las tijeras y las risas de los muchachos en el corral.

Hallábase el caudillo sentado en el zaguán de la casa en compañía de un antiguo camarada, cuando uno de sus hijos, Santos, niño de pocos años, llegóse con el rostro lloroso a contar el motivo de su llanto.

Estando en el galpón, y al pretender ayudar a uno de los esquiladores, éste le había dado una grosera bofetada.

Agitóse Muniz en la silla, como si en su rostro hubiera sentido caer la bofetada recibida por su hijo.

Centellearon sus ojos de rabia, mientras ya de pie y el ademán resuelto, inquiría el nombre del que había osado insultarlo en su casa y en su carne.

«El Mellizo» se llamaba el audaz ofensor.

Era «El Mellizo» un tipo singular en el pago.

Venido de Treinta y Tres, donde había muerto a un enemigo y ahuyentado a los policías que intentaron prenderlo, ambulaba por los campos del lugar, circundado por una aureola de leyenda trágica que dábale singulares contornos en el ambiente.

Aunque sin llegar a la valentía y audacia que la imaginación popular continuaba atribuyendo a la figura desdichada de Tomás Moreira, muerto en un mediodía de tragedia, él gozaba, sin embargo, de renombre de valiente. Y decía la fama de su incipiente leyenda, que más de una pulpería del pago había sido teatro de sus hazañas.

Conocedores de tales nombradías, el amigo y la esposa de Muniz intentaron disuadirlo de su empeño en castigar por sí mismo la ofensa recibida.

No era prudente arriesgar un combate singular con un hombre de la catadura de «El Mellizo», quien nada tenía que

perder, como no fuera su fama de valiente, para cuya defensa contaba con la fuerza y destreza de su juventud.

Inútiles fueron los sanos consejos de los amigos. Prudencia fué palabra que nunca guió a aquel hombre en cuya gloria la audacia tuvo tan grande participación.

En tanto que esta escena se iniciaba en el zaguán y continuaba en el patio, en el galpón seguían sonando las tijeras.

Como si una voluntad unánime hubiera paralizado todas las manos, cesaron las tijeras de cantar alegremente, mientras las miradas se dirigían hacia la puerta en la cual acababa de aparecer la figura del caudillo.

Un gesto de inquietud dominó en aquel silencio dramático, al ver surgir la silueta del héroe.

Adivinábase en el mirar severo que fruncía su entrecejo y en el ademán resuelto que anunciábase en todo su cuerpo, la cólera, difícilmente contenida, que le agitaba.

Todas las miradas lo siguieron, cuando con andar reposado, como si una firme voluntad lo guiase, atravesaba el ancho espacio que lo separaba del rincón en el cual «El Mellizo» esperábalo con el mirar hosco y la ambigua actitud de un hombre que no sabe si huir o atacar.

En el silencio de la escena levantóse la voz enérgica del caudillo, mientras sacando el puñal que ofrecía a «El Mellizo», agitaba su rebenque:

— «Agarrá ese puñal — dijo — y defendete».

En el galpón dominó un sobrecogimiento de terror.

La actitud de fría resolución de aquel hombre que parecía entonces en la plenitud de su fuerza y el laconismo y la firmeza de su frase, presagiaban la tragedia.

Como si hubiera sentido en sus músculos un choque eléctrico; nervioso, vibrando todo él de emoción, irguióse «El Mellizo», sin apartar su mirada de los ojos del caudillo, que parecían dominarlo con la luz extraña que irradiaban.

Sereno el uno, con la serenidad dominante de un hombre dispuesto a cumplir su voluntad, cueste lo que cueste; firme sobre sus pies, semejando un genio de venganza surgido del seno de la tierra; nervioso el otro, con la mirada vaga de un hombre que busca en su cerebro atormentado, una palabra, un gesto, una actitud salvadora; inclinada la cabeza bajo el

peso de la mirada que se le adentra hasta las entrañas, así lo vieron los paisanos, cuando la voz de «El Mellizo», semejante a un hálito de muerte, pronunció:

—«Con usted no peleo, coronel».

El puñal de Muniz estaba a sus pies, esperando a que la mano del gaucho tantas veces mentado en los fogones por su valentía, lo recogiera para la lucha. Pero «El Mellizo», a quien la fama colocaba entre los arquetipos del valor, no se movió.

Apenas si osó mirar a los ojos del caudillo.

En el galpón se sentía la angustia del silencio.

Hubo un gesto de espanto. En todas las gargantas se ahogó un grito de asombro...

El rebenque de Muniz, después de cruzar los aires, había caído sobre la espalda del otro.

Una convulsión de odio hizo temblar su cuerpo; crispáronse las manos, centellearon de rabia los ojos del matrero, que, ante el insulto recibido, no acertó más que a dar un salto hacia la puerta.

Impávido, ocultando el odio que le dominaba, sin medir siquiera el extraño renunciamiento del otro, Muniz recogió su puñal y tirándolo nuevamente a los pies de «El Mellizo», habló:

—«Defendete porque te voy a matar».

Con sonoridades extrañas, quedaron vibrando los ecos de sus palabras, en el galpón que servía de teatro a aquel drama.

Bajo el dominio fatídico que la presencia del adversario infundía en su espíritu, «El Mellizo» continuó en su sitio, sin hacer ni un ademán, ni un gesto...

Se diría que más le lastimaban los ojos de Muniz que su propio rebenque.

Daba la sensación de una paloma, cuyas alas no saben volar bajo el mirar de la víbora.

Y mientras él se empequeñecía bajo el influjo de su espanto, el caudillo parecíale transfigurado de majestad sobrehumana.

Repetidas veces sonó, en el completo silencio del galpón, el rebenque de Muniz al caer sobre las espaldas de «El Mellizo».

A pasos vacilantes, como si sintiera flaquear sus piernas bajo el peso de la mirada que lo seguía lastimando, «El Mellizo» retrocedió hasta la puerta del galpón, por la que desapareció de súbito.

Serenamente, con la serenidad con que ejecutó su venganza, el caudillo recogió su puñal sobre el que no se atrevió a ponerse la mano del matrero, y dejó el galpón donde volvieron a cantar alegremente las tijeras, mientras los esquiladores trataban de explicarse la extraña cobardía de «El Mellizo».

No transcurrió mucho tiempo, un viajero de Treinta y Tres trajo la nueva de la muerte de «El Mellizo».

Vuelto a su pago, después de haber sido humillado por el caudillo a quien se atrevió a insultar en el rostro de su hijo, tuvo que tornar a su errante vida de matrero.

Hasta que una tarde, platicando con un amigo en su rancho, supo que veinte hombres de policía lo rodeaban.

Sin esperar más, despreciando sus astucias y su ingenio, pareciendo más bien que buscaba a la muerte en vez de huirle, «El Mellizo» se internó en el monte, donde sabía que le esperaban sus enemigos.

Durante largo rato resonaron bajo la bóveda verde de los árboles los disparos de los contendientes.

Al otro día supieron los paisanos que el rebelde de la comarca había muerto con la honra con que había vivido. Y no sería poco, de seguro, el asombro de las tranquilas gentes del lugar, al saber como se había dejado coger aquel hombre que tantas veces burlara a los policías.

Pero en Cerro Largo, donde se conocía su humillante derrota, los paisanos juzgaron la muerte aquella como el sueño liberador de la vergüenza que roía las entrañas del matrero, desde la tarde en que el rebenque del caudillo cayó brutalmente sobre sus espaldas.

JUSTINO ZABALA MUNIZ.

Los dos navíos

Hierros, cuerdas, humo,
color, fuerza y aroma de alquitrán,
y música de clarín,
el navío,
permanece sólido y desdeñoso
en la azul turbulencia de las aguas.

Por la noche,
acribillado de luces paralelas,
se nos presentará como un panal gigante,
con alvéolos simétricos a millares,
derramadores de la miel, la luz. .
Y lo verán desde los puertos,
en las ventanas de las casas ruines,
los hombres esclavos y hambrientos
y envidiarán su libertad profunda.

Hierros, cuerdas, humo,
color y fuerza, y aroma de alquitrán,
polifonía de metal,
el navio,
al amanecer
arma sus banderolas y saluda
al otro gran navío: ¡El luminoso!

El que recién se va empezar a ver
y que avanza. . . Avanza!
Sin virar, con la proa hacia el zenit!

Aquel que extingue estrellas con los mástiles!

EMILIO ORIBE.

Un trágico de ocasión

De "Resonancias del Pasado".

I

Otelo.

A fines del año de 1871, actuaba en el Teatro Cibils una compañía dramática española, de la cual era primer actor y director don José Jordán.

Jordán ostentaba buena planta, buenas carnes y buena voz, pero le faltaban condiciones, teniendo presente el género que había cultivado durante su carrera, para abordar el melodrama y la tragedia.

Sin embargo, el hombre cediendo a la tentación de convertirse en moro, aunque no fuese más que por una noche, haciendo el papel de celoso y a ese título, cometer el estropicio de matar a su consorte, o sin duda, por estar ya cansado de papeles cómicos, — una buena mañana llamó a uno de sus compañeros y le confió el proyecto de hacer un paréntesis a su repertorio y poner a estudio el «Otello», arreglado al teatro español, no recuerdo por quién.

Al compañero, que de seguro no había inventado la pólvora, o se proponía hacer el oficio del diablo, le halagó también, la sola idea de jugar el papel de «Yago», esto es el papel de intrigante, que no dejaba de ser de su gusto a falta de otro mejor; juzgó, pues, que Jordán estaba en lo cierto; que tanto éste como él iban a poner una pica en Flandes y que, a pesar de las recientes y magistrales exhibiciones de aquella difícil obra por la compañía Salvini, los uruguayos tendrían la ocasión de ver, que en todas partes se cuecen habas y que los triunfos, así como las derrotas, pueden alcanzar a todo ser viviente, cualquiera que sea su nacionalidad y sus condiciones.

Al fin, llegó el día del estreno y por cierto no pudo quejarse el director de la compañía ni su «ad-látere», de la protección que les dispensó el público con tal motivo, no dejando una sola localidad en boletería.

El acontecimiento no era para menos, porque, si se conservaban en la memoria de aquel público los recuerdos recientes de la representación magistral de la tragedia de Shakespeare en Solis, al mismo tiempo, se le ofrecía la oportunidad de hacer sus comparaciones, aunque nadie puede desconocer el peligro que esto ofrece, tratándose de juzgar los actos ajenos.

II

El pugilato.

El espectáculo empezó a las 8 de la noche, con relativo retardo, y un cuarto de hora después y al fin de la escena violenta entre Cassio y Rodrigo, se presentó el moro en actitud arrogante y fiera a la vez, tomando cuenta de lo que allí pasaba, intimidando a todos los personajes presentes e imprimiendo a la vez cierto recogimiento y satisfacción en los espectadores.

Y produjo esta impresión, así de entrada, porque creo haber dicho anteriormente, que este actor tenía buena planta, a lo que podría agregarse ahora, que supo caracterizarse con bastante propiedad, al extremo de creernos (pues yo también concurrí esa noche al teatro), en presencia del trágico Salvini, que hacía pocos meses nos había visitado.

Las escenas del primer acto fueron produciéndose, sin otras novedades que las que constituyeron ciertas flaquezas y tropezones de algunos de los personajes en escena, entre ellos, de la dama que hacía el papel de Desdémona y del mismo moro, a lo cual hacía complemento lamentable, la pobreza del decorado y de algunos trajes, que no correspondían a la época ni a las costumbres venecianas.

Pero, vinieron los dos actos siguientes y aquí el horizonte empezó a nublarse: los bostezos se generalizaron en la platea y palcos: en algún pasaje trágico, se notaron risas y a la derecha del espectador se sintieron dos fuertes estornudos que dieron lugar a que el diapasón de las risas subiese de punto.

Con estos arriesgados preludios se presintieron cosas de mayor calibre, que podrían ocurrir y ocurrieron en las esce-

nas subsiguientes, con especialidad en aquella de Otelo con Yago, cuando éste abusando de su explicable ascendiente y del estado moral de aquel, le pinta en toda su desnudez la traición de Desdémona y de Cassio. Fué tal la arremetida del moro sobre Yago, que — tomándolo bruscamente de los cabezones, que estrujó y ajustó sobre su cuello, poseído de la ira — poco faltó para que le estrangulase.

Yago, viendo el asunto malparado, para desasirse de las manos crispadas del moro, trató de defenderse y hasta hizo demostraciones de verdadera agresión, que todos los presentes nos explicamos, sin dejar por esto de reir, presintiendo que aquello no iba a terminar en bien.

En efecto, ante la actitud hostil de Yago, que importaba un acto de insubordinación y de protesta, Otelo trató de derribarlo, oponiendo aquel nueva resistencia. El cuadro que ambos ofrecían, se convirtió en una verdadera escena de pugilato, hasta caer Yago, poco menos que boca abajo en la escena y quedar Otelo de pie, jadeante y sudoroso, en medio de un coro de carcajadas, que todavía me parece oir.

Ya puede figurarse el lector la disposicion del público desde aquel momento, y como si esto fuera poco, vino el acto final de la tragedia en que el moro, decidido a resolver la grave cuestión que se le ofrecía con la muerte de su mujer, al final de la escena culminante con ella, cuando aquel le indica que eleve sus oraciones a Dios, porque al fin ha llegado la hora de la expiación de sus faltas, pasándose de compostura en sus ademanes y arrojo, y apesar de ser la dama bastante gordinflona, la tomó en sus brazos, bien que con relativa dificultad, y en medio de un trabucamiento de brazos y de manos, una uña o dos de Otelo le trazaron a Desdémona detalles de un mapa en una de sus frescas y abultadas mejillas.

En el primer momento, por la sangre que manchó su túnica y sus manos, se creyó que se tratase de cosa de alguna importancia y que la supuesta infiel, viniese a concluir sus días a puñal y no sofocada por las almohadas de su lecho nupcial.

El espectáculo terminó en medio de estruendosos aplausos, de algunos silbidos procedentes del paraíso y con la invasión del escenario por determinadas personas interesadas

en saber lo que le había ocurrido a Desdémona.

De lo que acabo de relatar se deduce, que si Jordán y su compañero no quedaron satisfechos del éxito de la tragedia, ni de las manifestaciones del público, todo lo contrario sucedió por lo que hace referencia a la boletería, que produjo muchos pesos, como lo insinué antes.

En concepto general, el espectáculo de esa noche constituyó una verdadera catástrofe, como la habría constituído el incendio del teatro en que tuvo lugar, o una tentativa de homicidio como la de Ortiz en la persona del general Santos, algunos años dcspués.

El público, que había concurrido a este teatro para presenciar una tragedia, no fué propiamente esto lo que presenció, es decir, que en vez de llorar a lágrima viva en algunos pasajes experimentando fuertes emociones, rió solo y en coro, lo que fué muy distinto y tal vez de preferencia.

Licenciado Peralta.

Montevideo.

A través del cristal de un sueño

(«En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira...»)

Y vestías de percal,
y eras inocente y buena
como la mano que llena
de flores un delantal.

Y eras humilde como el
dolor que el bardo inclinado
sobre la mesa, ha clavado
con un verso, en el papel.

Y eras triste y eras llena
de melancólica gracia
como la sonrisa lacia
de una agonía serena.

Y la Caridad, hermana
era de tí y al Dolor
le prestabas el calor,
como el sol a la mañana.

Y eras cariñosa y eras
pródiga en mimos tempranos,
como en frutos de manzanos
son todas las primaveras.

Y reías con la fresca
pureza del sin pecado
niño que brinca en el prado
junto a la seca y grotesca
institutriz, que ha pasado
los cuarenta...
Y eras lista
como un perrillo faldero
o un pica-flor puntillero
que en la fronda de amatista
hunde su rubí de acero.

Y eras hermosa como una
superficie de agua clara,
donde se baña la luna
y se diseña la cara
de un crepúsculo aceituna.

Y frágil como el cristal
tu vestidura carnal
ocultabas sin ficción
en redoma de ilusión.

Y eras rubia y eras blanca
cual la nieve que se arranca
de un peñón.
. . . .
Y tenías corazón!

LEOPOLDO BONAVITA.

Rodrigo y Quijano

Evocar, gallarda sobre el arquedo lomo de Babieca, la silueta del Cid, trozo histórico de vida hispánica, poetizado por un espíritu desconocido, aunque profundo gustador de la belleza, es traer a la memoria por uno de esos nexos de simpatía, de amor, que son característicos a las almas hermanas, la magra y reveladora figura del «hidalgo manchego».

La madre España ha tenido para gloria de las letras dos hijos, en su fausto desposorio con el Ideal. Uno es ahijado de las musas entusiastas que palpitaron en la infancia de la gran Iberia; el otro, de la reposada prosa, con que tocaron las nubes, las plumas de Cervantes y Quevedo, de Larra y Galdós.

El primero, niño mimado por las epopeyas, viene a dar la inocencia de sus alegrías, el bullicio de sus clásicas embestidas, a esa mansión inmensa que se extiende de Toledo a Barcelona, de Burgos a Valencia.

El segundo, ¡quién lo creería! fué loco. No tuvo como el primogénito, las rientes riberas del Ebro y las poéticas playas del Mediterráneo por escenarios. Apenas, su locura pudo llevarlo por los caminos polvorientos de la Mancha. Si la Historia y el hombre lo transportaron después a las praderas exóticas de nuestra América y a los desfiladeros desconocidos, para él, de Italia, no es España por cierto, culpable de ese exilio.

Ella lo amamanta, le ciñe su espada, lo empapa de estímulo: los pueblos le acarician, los escritores se lo roban. Es que los Quijotes se necesitaron entonces y se necesitan ahora. Porque donde exista un alma latina habrán molinos de viento y locos como Quijano y Sancho.

Pero, cuerdo y enajenado, uno y otro tienen en la sangre el sello de honor, el timbre de hidalguía que la familia española ostenta. La personalidad fogosa de Rodrigo, como lo haría después Enrique IV, en el fragor del combate, tiene su penacho blanco, inconfundible, para dejar donde la espada abre camino, un estremecer de heroísmo, un reguero de entusiasmo, que siguen sus valientes porque él sabe conducirlos a la

gloria. El brazo escueto del Quijote, trémulo por la madurez y el ahinco, muestra a la Historia, en busca de gigantes imposibles, su estela de grandeza; las blancas nubes de polvo que su transida cabalgadura levanta son como aquel humo enceguecedor de cien batallas que cubriendo la frente de España le habla de Carlos V y Felipe II.

¡Rodrigo y Quijano! El patriotismo y el orgullo de raza dividido en dos almas, emergen abrazados del pasado castellano.

El florido vestido de la fantasía cubre el cuerpo graboso del Cid; el dolor de la locura trocado en el amor o la grandeza se alza imponente junto al héroe de la Mancha, lo redime, quita a su honor la mácula de las amargas derrotas y trayéndolo hasta el borde del presente, parece indicar, con un gesto, su sombra y la sombra del Cid: el alma de un pasado memorable proyectándose trémula, sobre la ansiada incertidumbre del mañana...

. . . .

Y yo dejo que la mía empapada en anhelos defendidos por los hidalgos que contemplo ahora, con el espíritu, tiemble también. No es, sin embargo, la incertidumbre de lo porvenir que me atormenta. Demasiado claridad existe, por desgracia, para no ver lo que nos guarda el tiempo. Es la protesta que me arranca el presente: es la impasibilidad de una raza que vegeta, la caída dolorosa de un Ideal incomprendido...

Oh! Rodrigo, oh! Quijote. Inútiles serían vuestras lanzas contra el enemigo que tenemos frente a frente. Vuestros limpios escudos, vuestros yelmos abollados pero jamás arrancados rodarían por el polvo, con la lágrima indefinible del vencido, si de la tumba como supremo recurso, los robásemos ahora.

Ya nada vale el idealismo que era sol en vuestros estandartes, ya nada vale la hidalguía, que era luna y brisa, susurro y amor en la placidez de vuestras noches.

Felices los que quebrabais lanzas y destrozabais armaduras; felices, sí, los que teníais un Dios y una dama, una patria y un poeta...

Dichosos, porque erais sinceros, sinceros porque sobre la vida teníais la flor del pensamiento, el calor de la creencia, la

fuerza de la pasión, el cariño a la estrofa, que cantaban los labios cuando chocaban las espadas y sonaba la trompeta llamando al combate...

Pueden creer en un Dios, en un Ideal, hoy, quiénes no creen en sí mismo? Pueden defender un principio, esos jóvenes de mentes sedentarias, para quiénes pensar es sacrificio? Pueden, por ventura, llevar en el corazón la efigie de la mujer amada, esos mercenarios del presente que ni ante el altar del honor, saben descubrirse reverentes? No. Las almas,—no todas, reparadlo bien—rinden homenajes condenables. El pasado es un mito, la raza es un mito, el espíritu otro más incomprensible aún. La fuerza de las dáricas se hace sentir de nuevo. La vida del espíritu se sacrifica a la satisfacción de la materia...

Parece una burla, una dolorosa paradoja, creer, en la América Latina, palpitando la estrechez del utilitarismo sajón... Pero es una verdad... Al poeta que arroja sus sonetos a las caricias de la gloria, contesta el brindis condenable, del que no sabe de la vida, más que lo dulce del libar. Al pensador que descubre un filón, riman los escritores pagados, los que viven glosando nulidades, en la pobre esperanza de ganar...

Aspirar así a una victoria de nuestra raza, cuando se sabe que vacilan las conciencias, creer en un mañana risueño cuando no se ha conquistado aún el hoy, es ser hijo demasiado cariñoso, exageradamente servil de la fantasía, pero hijo también justo, del espiritu latino.

Talvez mañana, cuando nuestra caída sea un hecho, o un peligro ya muerto,—ojalá—cuando las almas que soñaron mucho, hayan cambiado los ensueños por el oro, o la ilusión por la tumba, haya para los pobres locos que amamos el Quijote, una sonrisa de misericordia...

Mas, antes, rindamos tributo al pensamiento padre.

Busquemos la fuerza en el lirismo, que nace espontáneo, que palpita por sí, sin buscar en la recompensa denigrante, el eterno fin de los que todo quieren...

Hagamos de la lanza un símbolo; de la armadura un arma: los brazos del Cid y del Quijote sembrando honores; los pechos de los gladiadores españoles, siempre abiertos a

los ojos de las novias, siempre abiertos a las ráfagas de ideal, pero cerrados siempre a la tentación del oro, a las caricias de la venta...

Que cada joven cultive en sí un Quijote, porque muchos necesita el mundo hoy. Muchos niños que salgan de la cuna sabiendo lo que vale la conciencia; que empuñen una pluma sabiendo que jamás la venderán... Ahí reside nuestro mañana: en la claridad del alma, en el concepto de sí mismo, en en el amor al ideal.

Que cada joven cultive en sí un loco, un pobre Quijote, un rebelde Rodrigo y las figuras de los paladines, destacándose sobre la incertidumbre del presente remedarán, ya que los yelmos lo quieren, un beso de promisión, un segundo beso de espíritu, al compás excelso del más puro soñar...

APARICIO MÉNDEZ,
(Alumno del Liceo de Rivera).

El Faro

Luciérnaga gigantesca, que al borde de la bravía costa del océano, levantas tu esbelta figura coronada por el nimbo de luz que simboliza la esperanza para aquellos a quienes los duros embates de la vida obligaron a desafiar a los elementos en una frágil cáscara de nuez; impasible y mudo testigo de todas las tragedias ocurridas a tu vista, como un castigo divino a la soberbia del hombre que, un día concibió la idea grandiosa de encadenar el mar, el viento y el rayo; tú eres la esperanza suprema de los que en el barco, juguete de las olas encrespadas, ansían llegar pronto al puerto de salvación; eres la suprema esperanza de los que esperan en tierra la vuelta de los seres queridos, guiados por tu luz!

Cada vez que, meditabunda me siento sobre las rocas de la playa, y te contemplo alto, fuerte, solitario y soberbio, desafiando el furor de las tempestades, con la misma impavidez con que miras transcurrir las horas dulces y apacibles de la calma, me entran deseos de interrogarte, de saber si en tus eternos coloquios con el viejo océano, no le has arrancado sus secretos, que los buzos y submarinos en vano tratan de cono-

cer; si no le has descubierto los inmensos tesoros que oculta celosamente en su seno, en los maravillosos palacios, morada de Tetis, de donde jamás retorna con vida el que allí penetra; si alguna vez no te has sentido conmovido, ya sea por el encanto de los que felices bogan sobre la superficie tersa y límpida en una serena y tibia tarde de estío, o ya por los lamentos y lágrimas de los que agrupados a tus plantas, elevan una plegaria al ser supremo, en favor de los que quizás jamás volverán a ver; de los que, a esas horas ya hayan sentido el abrazo glacial y mortífero del traidor océano.

Y también tengo deseos de saber si no te has alegrado alguna vez, cuando en noche borrascosa, cuando, como dice el poeta, «el mar es un infierno que al marino hace temblar», has guiado con tus rayos benéficos al débil navegante hacia seguro puerto.

María I. Villanueva.
Alumna del Liceo de Rivera.

La Patria

El lugar donde nacimos; donde recibimos el primer beso de nuestra cariñosa madre: donde dimos los primeros pasos; donde aprendimos a deletrear las primeras palabras; donde aprendimos a forjarnos las doradas ilusiones de la juventud, las ansias de perfeccionamiento moral y material; el suelo donde duermen su sueño eterno nuestros seres queridos; eso es la Patria.

Ella, como madre cariñosa vela constantemente por el bienestar de su numerosa prole, y ésta, a su vez debe cumplir grandes y sagrados deberes para con su madre generosa, tendientes a su engrandecimiento y felicidad.

Una gran parte de la juventud inexperta pero noble y generosa, cuando pronuncia la palabra ¡patria! siente estremecer sus fibras guerreras y sueña con bélicas campañas, donde quizá dejarán la vida muchísimos ciudadanos en defensa del suelo natal creyendo que esa es la principal manera de servir a la patria.

No. Si bien es cierto que todos los ciudadanos deben estar siempre dispuestos a sacrificar sus vidas en defensa de la

patria amenazada por otra nación extranjera, hay otros medios más nobles, más humanos, más dignos de nosotros mismos: el estudio y el trabajo.

Estudiad, juventud pletórica de energías y nobles ideales; estudiad mncho, llegad a la cúspide del saber; sed sabios, bienhechores de la humanidad, y la patria se sentirá orgullosa de vosotros; trabajad mucho, en las aulas, en el laboratorio; cultivad la tierra fecunda y el porvenir será vuestro. Iréis entonces con la conciencia tranquila del deber cumplido, a depositar en el altar sagrado de la patria, los frutos magníficos de vuestro saber, de vuestro trabajo.

¡Salve, Patria mía; yo te venero y me esfuerzo para hacerme digno de tí!

JUAN OTEIZA,
Alumno del Liceo de Rivera.

Paisajes

Invierno.

¡Oh! Tú, padre Invierno, cubierto por el manto de lo lúgubre! Naciste de Tristeza y tu cuna fué formada con las hojas tísicas que de los árboles al suelo se vinieron.

Vete; todos te piden que te vayas. Tus auroras son enfermas, tus días pálidos, y tus noches, nostálgicas. No ríen tus dientes ni tus labios y tu rostro es el de un cadáver.

A todos nos contagia tu tristeza: los niños se vuelven paliduchos, las muchachas sentimentales, todos de tí se cansan!

Cuando llegas, flores y vidas se deshojan. Vidas de anémicas, de viejas y muchas veces de rosas que se abren.

Tus neblinas, tan frías, y tus heladas, como víboras mortíferas, el verdor de los campos arrasan. Las catedrales, suntuosas y soberbias, también son tus esclavas.

Por tí están estufas y frazadas; pobre del que no las tenga, lo devorará tu crueldad. Y qué horrible es sentir el doble frío del cuerpo y del alma! . . .

Primavera.

Tú, sí, ven, divina! No hay nadie que no te ame con eternas ansias! Tú, sí, preclara!

Risas, carcajadas. Todo ríe: ríen las chiquillas mientras entonan ritmos acompasados; las niñas de quince años; los ilusorios muchachos de veinte; las viejas que al sol se sientan, cosiendo y memorando felices lejanas añoranzas.

Los enamorados, que renacer sienten los besos, más ardientes que antes; hasta los cisnes en sus lagos, y los pàjaros en sus palacios, te entonan un himno, melodioso, vibrante!...

Los arroyos con sus aguas cristalinas; los prados, deliciosos, sombríos; el cielo azul grisáseo; todos, cuánto te aman!

Los rosales, las margaritas y los claveles muestran sus pimpollos exuberantes, esparcidores de vida, de sabia, de dicha, de encantos...

Tú, sí, ven Divina! Déjanos a todos ebrios de tu fresco y dulce vino! Divina, sí, como una mujer! Tu mano es de fina seda, tus carnes son blancas, eres rubia, muy rubia, tus ojos son claros y tus mejillas sonrosadas.

Danzas armoniosamente, arrebatadoramente, ¡no hay nadie que no te ame con eternas ansias! Sonríes al rico y al pobre, inundándolo todo con tu bondad!

Cuando llegas, leves, suaves, amorosas y puras se sienten las almas!

JUVENAL ORTIZ SARALEGUI.
Alumno del Liceo de Rivera.

Magdalena

Llora, llora arrepentida
A los pies del Salvador
Y su alma dolorida
Llena de místico amor...
Llora, llora, arrepentida ...

Tú que brindas el consuelo,
Tú que calmas la aflicción
Oh Rabbí, oye mi anhelo...
Dame ese ansiado perdón
Tú que brindas el consuelo...

Con su blonda cabellera
Sus pies trata de enjugar
Sus pies que con llanto ungiera...
Y que trata de enjugar
Con su blonda cabellera .

Oh, doliente Magdalena
Pobre mustia flor de hastío
Calla tu llanto y tu pena
Deja el lodazal sombrío...
Oh, doliente Magdalena...

Mucho ha de ser perdonado
Mucho ha de ser redimido,
Puesto que mucho has amado...
Puesto que mucho has sufrido...
Mucho ha de ser perdonado!...
....
....

Cuántas tristes Magdalenas
Hay en esta amarga vida!...
Cuántas que lloran sus penas...
Cuántas por su mal perdidas...
Cuántas tristes Magdalenas...

Más, ay, que todo es en vano,
Que es en vano su penar.
Porque el corazón humano
No las sabrá perdonar
Ni les tenderá la mano!!

ANECTA ANOLLÉS EGAÑA.

Rivera, 1922.

La Música

Las vibraciones infinitas de ese manto impalpable que se llama éter, producen entre las hojas verdes y frescas, con esa lozanía que sólo Proserpina puede engendrar en ellas, un murmullo suave, creciente, murmullo que preludia besos, que imita armonías, y que la brisa, caprichosa joven, lleva a jugar entre el ramaje espeso de un tranquilo bosque, o a posarse dulcemente sobre la onda quieta de un dormido estanque. Es la música que el aura rumorosa enciende sobre todo lo que hay con vida, es la que la brisa entona con sus alas misteriosas e inquietas, y que se mecen hoy aquí, depositando su frescura sobre la tarde, tibia y perfumada, mensajera de ensueños, más tarde allí, deshojando las rosas aromosas y somnolientas que se hamacan, azotando dulcemente, como el beso que la novia deposita sobre el rostro del amado, los lirios candorosos que adornan el jardín, o las violetas que tapizan a faz augusta de la augusta Ceres... Es la música que Natura entona...

El bosque se estremece bajo un cántico armonioso; la Náyade navega entre las ondas cristalinas que su elemento le brinda, y las Driades pasean por sus mansiones verdes, recogiendo esos trinos que los pájaros ofrendan.

La corriente que se aleja entre un lecho de esmeralda, lleva algo de armonía que sólo en ella vive. Es la música de las gotas de agua, es la música de lo pequeño, que arrastra en su caudal inmenso, a la ninfa pletórica de arrullos y canciones: la Náyade incitante que mora en sus profundidades...

¡La música!... En todo existe; todo guarda su dulzura todo palpita en ella... La melancolía, el amor, la poesía... La música del alma, esa expresión sublime que brota en mágicos raudales, inundando las fibras más escondidas de nuestro sentimiento, esa caricia inefable que vive en las palabras, que se manifiesta por ellas, pero que la debemos a nuestro corazón, y que el poeta ha llamado poesía, es la más pura y divina encarnación de música. Sólo ella tiene la armonía inconfundible que le inspira lo arcano, que nace de lo grande y de lo bello, de lo sublime, de lo épico...

La tristeza, un sollozo, ¿acaso no es una música también, de nuestra alma? ¿Acaso no hay en ella ese ritmo misterioso que viene de lo hondo, que despierta poesía? Sí, es música, pero música fúnebre... El dolor .. la desesperación, es la poesía trágica y desgarradora del corazón y ella es música... Queréis algo más grande, más divino que la dulzura que el amor despierta?

En las cartas, en las palabras de los enamorados, viven las expresiones más bellas, más poéticas que el sentimiento humano puede concebir . .

Es que el amor es la música que tañe sus notas vivificantes y luminosas entre los arcos incomprensibles del corazón, y donde ella existe, donde canta sus eufónicas rimas, hay luz, hay vida, inspiración...

¡Alma mía!... rendiré culto al poetismo que en tí vive; ofrendaré mi inspiración a tu música omnímoda, y escucharé esos trinos que tú posees...

AMÉRICO MÉNDEZ.
Alumno del Liceo de Rivera.

Laúd igneo

En el mar de tus pupilas
sobre las aguas inquietas,
boga el alma de mi lira
y mis ansias de poeta.

En el coral de tu boca
vive todo mi embeleso
y cifro mis ansias locas
en el calor de tu beso.

Cuando la tarde se esfuma
entre púrpuras de espuma
tendiendo el lecho de Febo,

en tus labios purpurinos
y en tus ojos bisantinos
tejo mis rimas de fuego.

COSME A. DELGADO.

Efemérides Uruguayas

ENERO

2 — 1865. — «Termina la heroica resistencia de *Paysandú*».
4 — 1817. — Se libra la batalla del Catalán.
10 — 1520. — Descubrimiento del Cerro de Montevideo, por Magallanes.
13 — 1854. — Fallece en el arroyo Conventos, el Brigadier General Fructuoso Rivera.
16 — 1520. — Magallanes fondea en la Colonia.
20 — 1726. -- Se funda Montevideo.
22 — 1820. — Combate de Tacuarembó.
24 — 1847. — Paysandú es tomado por Servando Gómez.
26 — 1847. — «Toma de Soriano por el General Ignacio Oribe».
31 — 1736. — Fallece Zabala.

FEBRERO

2 — 1811. — Artigas abraza la causa de la Revolución.
3 — 1865. — Montevideo es sitiado por Flores.
6 — 1715. — «Cesión de la Colonia del Sacramento a Portugal».
8 — 1844. — Muere el coronel Marcelino Sosa.
14 — 1879. — Vidal recibe el mando de manos de Latorre.
16 — 1843. — «El general Manuel Oribe inicia el sitio de Montevideo».
19 — 1868. — Flores y Berro son asesinados.
20 — 1827. — Batalla de Ituzaingó.
22 — 1865. — Entrada triunfal del General Flores en Montevideo.
25 — 1875. — Ciudadanos ilustres son deportados en la barca «Puig».
26 — 1813. — «Artigas en el sitio de Montevideo».
28 — 1811. — El grito de Asencio.

MARZO

5 — 1870. — Revolución de Timoteo Aparicio.
5 — 1897. — Invasión de Diego Lamas.
7 — 1814. — La Banda Oriental se anexa a las demás provincias de Buenos Aires.
10 — 1829. — «Rivera declara la guerra a la Argentina gobernada por Rosas».
14 — 1829. — Se crea el escudo de armas del Estado Oriental.
17 — 1865. — «Se declaran mártires de la patria a las víctimas de Quinteros».
18 — 1828. — «El Brasil propone la paz sobre la base de la independencia Oriental».
20 — 1834. — Rivera derrota a Lavalleja en el Arapey.
25 — 1836. — «Rivera se posesiona de la presideneia».

27 — 1845. — Urquiza vence a Rivera en India Muerta.
29 — 1857. — D. Teodoro Vilardebó fallece en Melo.
30 — 1846. — Se decreta en Montevideo el destierro de Rivera.
31 — 1886. — Batalla de Quebracho.

ABRIL

3 — 1851. — Urquiza se declara enemigo de Rosas.
4 — 1843. — «Combate del Sauce Solo entre tropas oribistas y riveristas».
5 — 1813. — Se realiza una asamblea de gran importancia en el campamento del fundador de nuestra nacionalidad, General José Gervasio Artigas.
13 — 1861. — El ex-presidente Gabriel A. Pereira, fallece.
14 — 1811. — «Colla» es tomado por Benavidez.
16 — 1901. — Fallece el gran pintor uruguayo, Juan M. Blanes.
19 — 1825. — Desembarcan en la playa de la Agraciada los 33 Orientales.
19 — 1863. — Cruzada Libertadora de Venancio Flores.
23 — 1828. — Invasión de las Misiones por el General Rivera.
26 — 1811. — «Muerte de Manuel Artigas en el ataque a la ciudad de San José por las fuerzas patriotas».
27 — 1825. — «Encuentro amistoso de Rivera con Lavalleja».
30 — 1815. — «Proclama del Cabildo de Buenos Aires por la cual se rehabilita la personalidad de Artigas».

MAYO

2 — 1825. — San José es tomado por Lavalleja.
3 — 1825. — Llegada triunfal de los 33 al pueblo de Canelones.
4 — 1825. — En el Cerrito la bandera tricolor es enarbolada por Lavalleja
9 — 1824. — «El Cabildo de Montevideo jura fidelidad a D. Pedro I».
10 — 1860. — «Se declaran días de fiesta patria, el 25 de Mayo, 18 de Julio y 25 de Agosto».
15 — 1775. — Se coloca la piedra fundamental de la Cárcel Preventiva y Correccional.
16 — 1874. — Inauguración de la vía férrea hasta Durazno.
18 — 1811. — Artigas triunfa en la Batalla de Las Piedras.
18 — 1829. — «La Asamblea decreta la redención de los esclavos en nuestro territorio».
19 — 1889. — Se inaugura, el monumento a la Independencia, en la Florida.
22 — 1885 — «Ley estableciendo el matrimonio civil obligatorio».
23 — 1807. — «Aparece el primer número de «La Estrella del Sur», primer periódico que se edita en Montevideo».
23 — 1826. — Pensión vitalicia a los 33 Orientales.
25 — 1825. — Revolución de Mayo, en Buenos Aires.
26 — 1830. — Nuestra constitución es aprobada por el gobierno del Brasil.
27 — 1853. — Se funda Santa Rosa del Cuareim.
29 — 1815. — Urquiza negocia un tratado con Brasil y Uruguay para derrocar al tirano Rosas, que oprime al noble pueblo argentino.

JUNIO

1 — 1865. — El fratado de la triple Alianza, en Buenos Aires, es firmado.
3 — 1863. — El general Flores vence en el combate del Arroyo de Coquimbo.
5 — 1830. — Lavalleja despoja a Rivera de su jerarquía militar.
7 — 1863. — La Florida es ocupada por las tropas del general Flores.
8 — 1777. — «Zeballos dispone la demolición de la plaza de la Colonia».
12 — 1787. — Para los enfermos indigentes, Maciel abre un asilo en su propia casa.
14 — 1825. — El primer gobierno patrio, en la Florida, se instala.
15 — 1832. — Los charrúas, cuyo exterminio decretara el primer presidente constitucional, matan al coronel Bernabé Rivera.
16 — 1830. — «Acatamiento de Rivera a las autoridades provinciales del Estado Oriental».
18 — 1813. — Rivera vence en el combate de «Solís Grande».
22 — 1904. — Batalla de Tupambaé.
26 — 1812. — Los realistas, por Artigas, en San José son derrotados.
27 — 1816. — Las fronteras de la Banda Oriental guarnecidas son por Artigas.
29 — 1832. — «Insurrección militar en el Durazno».

JULIO

1 — 1885. — La canalización parcial del Río Negro, por el gobierno de la República, es autorizada.
2 — 1912. — El Teatro Cibils se incendia.
3 — 1814. — El primer número de «El Sol de las Provincias Unidas» ve la luz pública en Montevideo.
4 — 1898. — «Motín militar en Montevideo contra Cuestas».
5 — 1818. — Encuentro del Queguay Chico.
9 — 1816. — El Congreso de Tucumán declara la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.
10 — 1843. — El territorio oriental, por Urquiza es invadido
11 — 1830. — «Modificación definitiva del Pabellón Nacional».
13 — 1863. — Las relaciones Uruguayo-Argentinas son reanudadas.
14 — 1830. — «La Asamblea Nacional resuelve premiar a los Treinta y Tres».
15 — 1886. — El Ferrocarril Central del Uruguay llega hasta el Paso de los Toros.
16 — 1832. — Proclama de Lavalleja.
17 — 1817. — Batalla de Manantiales.
17 — 1875. — Promulgación del Código Rural.
18 — 1830. — Jura de la Constitución.
19 — 1820. — La Banda Oriental se incorpora al Brasil.
22 — 1814. — «Entrégase la escuadrilla realista apostada en la Boca del Río Negro».
23 — 1815. — El Directorio de Buenos Aires, ordena perseguir a Arfigas.
24 — 185[illegible]. — En la Legación Francesa se refugia el Presidente Giró.

25 — 1863. — Combate de las Cañas.
25 — 1868. — Rendición de la fortaleza de Humaitá.
26 — 1848. — «Se acepta para Himno patrio la composición de don Fernando Quijano».
28 — 1890. — La Cruz Roja Oriental llega a Buenos Aires, «para prestar sus servicios a las víctimas de la revolución».
31 — 1821. — «Proyéctase la anexión de la rovincia Oriental al Portugal».

AGOSTO

1 — 1836. — El Uruguay es invadido por Lavalleja.
5 — 1821. — «Jura de la Constitución política de Portugal por las autoridades del país».
6 — 1912. — Fallecimtento de Julio Herrera y Obes.
6 — 1742. — Origen de la actual Contribución Inmobiliaria. — 1842 — Combate de Arroyo Grande en Entre Ríos.
9 — 1887. — Destierro de Latorre.
10 — 1836. — Oribe decreta el uso de una divisa blanca.
11 — 1810. — El Estado Oriental y el Paraguay rompen relaciones con Buenos Aires.
12 — 1806. — Derrota de los ingleses que se habían posesionado de Buenos Aires.
12 — 1857. — Se pone en circulación la primera moneda de cobre que tuvo la República.
14 — 1826. — Alvear es nombrado general en jefe del ejército de operaciones de la Banda Oriental.
15 — 1842. — La escuadra de Brown obtiene la victoria en Punta Brava contra la oriental al mando de Garibaldi.
16 — 1906. — Fallece el historiador Isidoro De María.
17 — 1836. — Las fuerzas de Rivera se posesionan del Salto. — 1867 — Batalla de Yatay.
18 — 1781. — Nace en Canelones D. Joaquín Suárez. — 1848 — Toma de la ciudad de la Colonia por fuerzas oribistas.
19 — 1844. — Rivera ataca a Melo sin lograr rendirlo. — 1860 — Se inaugura en la Unión el Asilo de Mendigos.
20 — 1825. — Se instala en la Florida la 1.ra Legislación patria.
21 — 1863. — Fallece en Goya el doctor Ednardo Acevedo.
22 — 1863. — El gobierno suspende la publicación de «El Siglo».
23 — 1826. — Agitación contra el general Alvear.
24 — 1877. — Se crea la Dirección General de Instrucción Pública. — 1887 — Empieza a funcionar en Montevideo el Banco Nacional, fundado por Reus.
25 — 1825. — Declaratoria de la Independencia. — 1856 — Inauguración del Teatro Solís. — 1885 — Inauguración de la Escuela Militar.
26 — 1884. — Ley del trazado general de ferrocarriles en la República.
27 — 1893. — Colocación de la piedra fundamental de la Estación Central del Ferrocarril Central del Uruguay.

28 — 1855. — Estalla en Montevideo un movimiento revolucionario contra el general Flores.
29 — 1815. — Destitución de Otorgués. — 1869 — Se inaugura la 1.ª escuela gratuita en el Cordón bajo los auspicios de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.
30 — 1836. — Decreto de Oribe en el que se obliga a los extranjeros a hacer servicios de patrullas durante la noche.
31 — 1778. — Deslinde y nomenclatura de la ciudad de Montevideo.

SETIEMBRE

1 — 1882. — Fallece el general José Augusto Pozzolo, jefe del año 25.—1904 —Batalla de Masoller.
3 — 1799. — España resuelve colocar un faro en el Cerro.
4 — 1825. — Combate del Aguila entre fuerzas de Bentos Manuel y del general Rivera. — 1851 — Fuerzas brasileñas atraviesan la frontera para operar contra el ejército de Oribe que sitia a Montevideo
5 — 1809. — Fundación de S. Fernando de la Florida.
6 — 1808. — El gobernador Elio declara la guerra a Francia.
7 — 1752. — Rebelión de los indios guaraníes de la Banda Oriental.
8 — 1618. — Se permite a la población del Río de la Plata 200 toneladas de exportación.
9 — 1807. — Los ingleses evacúan Montevideo.
10 — 1829. — Se aprueba la Constitución.
11 — 1822. — Lecor es depuesto por el brigadier Alvaro da Costa.
12 — 1831. — Recepción del primer diplomático brasileño después de la Independencia de la República. — 1898 — Se prohiben las corridas de toros en todo el país.
13 — 1847. — Se crea el Instituto de Intrucción Pública. — 1871 — Batalla de Severino.
14 — 1807. — Reconocimiento de Elio como gobernador de Montevideo.
15 — 1832. — Allanamiento del domicilio del general Lavalleja para prender a su esposa Ana Monterroso.
16 — 1827. — Orden de extrañamiento contra varios miembros del Tribunal de Apelaciones.
17 — 1865. — Siete mil soldados paraguayos se rinden en Uruguayana.—1863 — Combate en el Pastoreo de Pereyra.
18 — 1832. — Acción de Tupambaé ganada por Rivera. — 1884 — Se crea e departamento de Treinta y Tres.
19 — 1816. — Invasión del territorio oriental por tropas brasileras y toma del puerto de Maldonado.
20 — 1726. — Se levanta el primer padrón de Montevideo, contando con una población de 1.243 almas. — 1884 — Se crea el departamento de Rivera.
21 — 1827. — Lavalleja delega el mando del gobierno en una Junta Suprema.
22 — 1866. — Ataque de Curupaytí.

23 — 1820. — Artigas se presenta en Candelaria, pidiendo asilo al doctor Francia, dictador del Paraguay. — 1850 — Fallece en la Asunción, a los 90 años el general Artigas.
24 — 1825. — Victoria del Rincón de las Gallinas.
25 — 1846. — Se confiere a Rivera el grado de Gran Mariscal. — 1853 — Organización del triunvirato del gobierno.
28 — 1841. — Fallece en Montevideo el poeta Adolfo Berro.
29 — 1762. — Sitio de la «Colonia del Sacramento». — 1893 — Se resuelve que el Himno Nacional se oiga de pie y con la cabeza descubierta.
30 — 1865. — Se dicta un decreto creando medallas para los servidores de Yatay.

OCTUBRE

1 — 1777. — Tratado de S. Ildefonso entre España y Portugal.
2 — 1811. — El congreso de Buenos Aires declara benemérito al ejército oriental.
3 — 1816. — Combate de San Borja.
4 — 1827. — Lavalleja resuelve asumir el mando absoluto del país.— 1868 — Se autoriza la construcción del ferrocarril del Salto a Santa Rosa.
5 — 1762. — Ceballos asedia la Colonia.
6 — 1814. — Acción de Marmarajá. — 1843 — Garibaldi se apodera de la ciudad del Salto.
8 — 1704. — Partida de Buenos Aires de un ejército que va a atacar a la Colonia. — 1851 — Capitulación de Oribe en el Cerrito.
9 — 1825. — Se solicita la venida de Simón Bolívar al Plata para librar a Provincia Oriental de la dominación brasilera.
11 — 1777. — Ratificación del tratado de San Ildefonso.
12 — 1777. — Se crea la Aduana de Montevideo. — 1825 — Batalla del Sarandí, ganada por Lavalleja contra los brasileños.
13 — 1810. — Aparece el primer número de la «La Gaceta». — Combate del Hervidero.
14 — 1830. — Se instala en Montevideo la primera Junta E. Administrativa.
15 — 1814. — Fundación del Rosario.
16 — 1851. — El general Oribe, celebrando el tratado de paz, se retira a vivir en su quinta del Paso del Molino.
17 — 1821. — Fallece en España don Félix de Azara a quien tanto debe la República por sus valiosos esfuerzos
18 — 1730. — Se distribuyen animales a los primeros pobladores de Montevideo.
19 — 1816. — Combate de Ibiracohay. — 1816 — Batalla de India Muerta.
20 — 1811. — Exodo del pueblo oriental. — 1812 — Rondeau se propone iniciar el 2.º sitio de Montevideo.
21 — 1804. — Consagración de la Iglesia Matriz de Montevideo.
22 — 1830. — Se instalan las primeras Cámaras de Diputados y Senadores de la República Oriental del Uruguay. — 1837 — Batalla de Yucutujá.

24 — 1879. — Fallece don José Pedro Varela, eminente pedagogista uruguayo a quien se le debe la reforma escolar.
25 — 1825. — Ingresan al Congreso Argentino los diputados enviados por la Asamblea reunida en la Florida.
26 — 1844. — Se inaugura en el fuerte del gobierno una escuela pública.
27 — 1816. — Sangriento combate en Carumbé.
28 — 1806. — Popham desembarca en el Cerro para tomar a Montevideo.
29 — 1762. — Fonseca entrega la Colonia. — 1806 — Los ingleses se apoderan de Maldonado.
30 — 1806. — La isla de «Gorriti» cae en poder de los ingleses. — 1835 — Fallecimiento del general Laguna.

NOVIEMBRE

1 — 1838. — Entrada triunfal de Rivera en Montevideo. — 1843 — Se abre al servicio público el asilo de militares inválidos.
2 — 1762. — Entrada de Ceballos en la Colonia. — 1866. — Se proclama la conciliación de los partidos políticos del país.
3 — 1821. — Se fundá la sociedad Lankasteriana. — 1867 — Combate de Tuyutí.
4 — 1834. — El gobierno de Oribe decreta una espada de honor al general Rivera.
6 — 1777. — Se declara libre el comercio del Río de la Plata con la Península y demás colonias.
7 — 1775. — División del Curato de Montevideo. — 1899 — Se aprueba el proyecto para la construcción del puerto de Montevideo.
9 — 1877. — Se incendia la Santa Bárbara de la artillería de la plaza Artola de Montevideo.
11 — 1838. — Rivera asume el poder público temporalmente.
12 — 1857. — Fallecimiento del general Oribe en el Paso del Molino.
13 — 1844. — Embarque del ex-ministro Pacheco en la fragata «Africaine», donde se asila
14 — 1833. — Reconstitución de la Biblioteca Nacional.
15 — 1879. — Se inaugura la vía férrea hasta el Yí.
17 — 1838. — Rivera decreta la libertad absoluta de la prensa. — 1892 — Ley creando un impuesto a la fabricación de fósforos.
18 — 1796. — Se autoriza la fundación de una escuela pía para niñas. — 1844 — Fallece en Montevideo el general Rondeau.
19 — 1726. — Llegan a Montevideo las doce primeras familias fundadoras.
20 — 1790. — Colocación de la piedra fundamental de la Iglesia de la Matriz.
21 — 1811. — Artigas es nombrado por la Junta de Buenos Aires gobernador del departamento de Sapeyú. — 1837 — Acción del Durazno.
22 — 1816. — Desembarcan en el Puerto de Maldonado fuerzas de Portugal. — 1858 — Se ordena la creación del Asilo de Mendigos.
24 — 1828. — Se instala en San José la Asamblea General Constituyente y Legislativa.

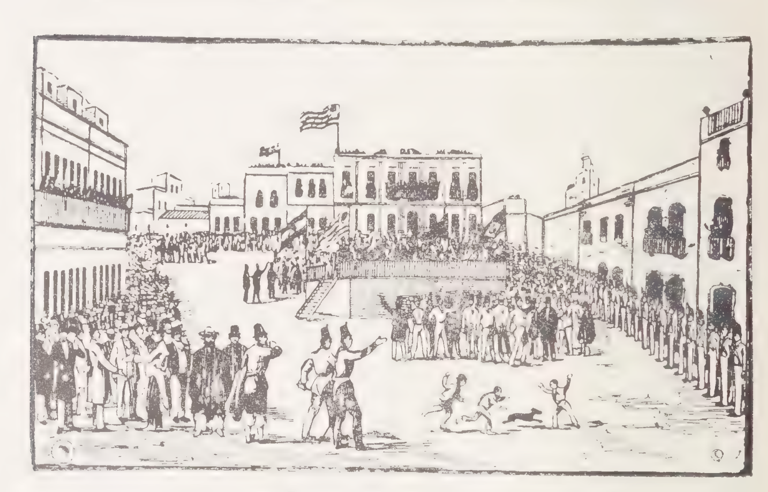
25 — 1855. — Un grupo de hombres armados se apodera de la Casa de Gobierno. — 1882 — Decreto destinando las tierras fiscales a colonias agrícolas.
26 — 1883. — Tratado de paz con el Paraguay eximiéndolo del pago de la deuda contraída.
27 — 1845. — Crisis parcial del Ministerio de la Defensa.
28 — 1864. — El coronel Palomeque hace entrega de la ciudad del Salto, a las fuerzas sitiadoras del general Flores.
29 — 1870. — Toma por sorpresa de la fortaleza del Cerro de Montevideo. — 1870 — Combate de la Unión entre las tropas de Timoteo Aparicio y las del general Lorenzo Batlle.
30 — 1828. — Pueden desempeñar el cargo de Gobernador provisorio los ciudadanos nacidos dentro de las Provincias Unidas del Plata. — 1872 — Se observa un eclipse total de sol. — 1897. — El presidente Cuestas deporta a Buenos Aires a un distinguido núcleo de ciudadanos.

DICIEMBRE

1 — 1825. — El gobierno argentino comunica al del Brasil su resolución de incorporar el Estado Oriental.
2 — 1864. — Las fuerzas orientales y brasileras acampan frente a los muros de Paysandú.
3 — 1864. — Flores intima la entrega de la plaza de Paysandú.
4 — 1867. — Se concede autorización para el establecimiento de las aguas corrientes de Montevideo.
5 — 1864. — Se retiran de la ciudad de Paysandú multitud de familias para refugiarse en la isla de la Caridad.
7 — 1864. — La escuadra brasilera bombardea Paysandú.
8 — 1813. — Un congreso declara la incorporación de la Provincia Oriental a las Provincias Unidas del Rio de la Plata.
9 — 1889. — Colocación de la piedra fundamental de la Iglesia de Expósitos y Huérfanos.
10 — 1825. — El emperador del Brasil declara la guerra a las Provincias del Río de la Plata.
11 — 1891. — Hallazgo de túmulos en las cercanias del arroyo S. Luis, de los que se extraen esqueletos de indigenas.
12 — 1842. — Se crea un ejército de reserva al mando del general José Maria Paz. — 1842 — Promulgación de la ley declarando la libertad de los esclavos y la supresión de la esclavitud para lo futuro.
13 — 1828. — Joaquín Suárez declara la caducidad de las autoridades brasileras.
16 — 1828. — Decreto relativo a la bandera oriental.
20 — 1729. — Zabala otorga el título de ciudad a Montevideo — 1864 — Flores levanta temporalmente el sitio de Paysandú. — 1890 — Ley para la acuñación de medallas conmemorativas de la guerra del Paraguay.

21 — 1825. — La escuadra brasilera establece bloqueo a los puertos uruguayos y argentinos.
25 — 1749. — Autorización para la construcción de un molino de agua. — 1872 — Incendio del vapor «América» en viaje de Buenos Aires a Montevideo.
26 — 1846. — Rivera toma la ciudad de Paysandú. — 1868 — Fallece el ciudadano don Joaquín Suárez. — 1893 — Terrible explosión de un depósito de dinamita situado en la falda del Cerro de Montevideo.
27 — 1819. — Artigas hace ver la necesidad de que se restablezca la Paz. — 1868. — Combate de Ita-ivaté.
28 — 1868. — El gobierno dispone que los restos de Joaquín Suárez, sean sepultados en la iglesia Matriz.
29 — 1839. — Sangrienta batalla de Cagancha entre fuerzas de Rivera y Echagüe con el triunfo de las primeras.
30 — 1885. — Decreto por el que se crea el departamento de Flores.
31 — 1793. — Fundación de la Villa de Rocha. — 1812 — Combate del Cerrito entre las fuerzas de Vigodet y de Rondeau. — 1878 — Se ordena la demolición del «Fuerte», en cuyo paraje se construyó la Plaza Zabala.





Jura de la Constitución, 18 de Julio 1830



Artigas

Se ha pronunciado su nombre, y él solamente resuena en este momento en nuestros oídos; se van a evocar sus cenizas venerandas, y en ellas irá nuestra alma, toda nuestra alma, con todos sus grandes amores y sus grandes entusiasmos.

El nombre de Artigas suena en nuestro oído como una evocación solemne, y si él se pronuncia en conmemoración de su muerte, de aquella muerte acaecida en la memorable aldea de *Curuguaty:* si se nos recuerda a nuestro héroe decrépito, solo, olvidado, rodeado de algunos infelices de los que fué providencia en la tierra, y sacudido por una de esas agonías grandes como el silencio de una tempestad que nace, entonces una lágrima se desprende de nuestros ojos, un grito de patriotismo brota de nuestros labios y nuestra cabeza se inclina poseída de veneración ante la sombra gigante que se levanta en medio de las desiertas soledades del Paraguay.

Artigas es un símbolo; es la encarnación genuina de nuestra patria; es la condensación de todas nuestras tradiciones y nuestras glorias.

Sin él no se concibe la patria uruguaya, porque él es la personificación de nuestra genealogía nacional, que se pierde quizá en los esfuerzos instintivos y salvajes de nuestros indomables aborígenes.

Con él, la obra de los Treinta y Tres es la consecuencia natural y necesaria de una ley providencial escrita por Dios en nuestro suelo y en las almas de todos los que en ese suelo vieron la luz.

Esa y sólo esa es la ley, el verbo que crea las nacionalidades independientes y soberanas. Nada importan las formas en que esa ley se cumpla, debe cumplirse.

Instrumento evidente de quien esa ley divina grabó en nuestro suelo, se presenta Artigas como el Moisés del libro sagrado guiando al pueblo uruguayo a través del desierto, guiándolo por vías providenciales a la consecución de la tierra prometida.

No vemos en la historia sud-americana una figura más grande que la del hombre de las Piedras y Guayabos.

Y esta afirmación no la formula nuestro corazón: la formula nuestra cabeza, que ha examinado tranquilamente la gran figura de nuestra historia nacional.

¿Quién examina detalles para formar esos juicios?

¿Quién examina el proceso de la guerra a muerte declarada por Bolívar cuando, como Artigas en marcha hacia el Hervidero, arrastraba en pos de sí cuando marchaba hacia Carabobo los hombres, las mujeres, los viejos y los niños, el pueblo colombiano entero, en una palabra?

Artigas llevaba consigo al pueblo uruguayo tal cual era, tal cual debía ser: la levadura de nuestra nacionalidad, la materia prima de nuestro ser característico, la era de transición entre la barbarie y la civilización.

Eso debía de ser nuestra patria; era la arcilla, el barro groseramente modelado sobre el cual debía caer la palabra que había de infundirle espíritu y personalidad.

Artigas, sólo Artigas, que había modelado ese barro, podía infundirle el espíritu de nuestra patria, porque sólo él tenía la clarividencia de sus grandes destinos, porque sólo a él le había sido revelado que en aquello estaba el germen de un gran pueblo.

Allí en aquel campamento se refundían las razas para formarse la raza nueva; allí el último indio entregaba, sin darse cuenta de ello, su espíritu indomable, su instinto salvaje de libertad, a los que debían sucederle en la tierra en que clavó sus toldos y encendió sus fuegos, ya apagados para siempre.

Había llegado el momento de cambiarse los instintos por la idea, sin solución de continuidad: había sonado la hora de cambiar la fórmula «¡Libertad!» por otra palabra, hija de esa fórmula, pero más inspirada, más comprensiva: «¡Indepencencia!»

Artigas pronunció la palabra; la consagró con sangre, la sostuvo sin cejar jamás, la inoculó en aquel organismo informe congregado a su alrededor. Era el espíritu.

El germen estaba fecundado.

Artigas podía ya morir; la patria, nuestra patria, había nacido.

Juan Zorrilla de San Martín.

Hablan los reos

Robé un pan. — No tenía hogar, ni lecho,
ni ropa, ni jergón...
¿Quién va allí de uniforme con gran cruz en el pecho?
— Un ladrón.

Soy criminal. — Con un golpe de maza
quitóme la razón destino fiero:
¿Quién pasa allá, arrastrado por los potros de raza?
— Un ratero.

La crápula maldita
me puso en la miseria — y me ha vendido.
¡Qué espléndido palacio radiante! ¿quién lo habita?
— Un bandido.

Viola, seduce, roba y asesina
y miradle: ¡es un rey!
¿Qué prostituta canta lúbrica, en esta esquina?
— La Ley.

GUERRA JUNQUEIRO.

Cansancio

Quién pudiera dormirse como se duerme un niño;
sonreir entre sueños al sueño del dolor:
y soñar con amores y soñar el cariño;
y hundirse poco a poco en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonámbulescamente,
los ojos muy abiertos sobre un mundo interior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento solo al ritmo del propio corazón...

Y pasar por la vida sin dejar una huella.
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol;
y perderse una noche, como muere una estrella
que ardió millares de años, y que nadie la vió...

CARLOS MONDACA.

Chile.

El asno

En la dehesa, sátiro; en el corral, asceta;
paciente como Job; como Falstaff, deforme;
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta,
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta;
con su destino vive, si no feliz, conforme;
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos;
le cabalgaron, le afligieron villanos;
unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo há los dió al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presión inefable del dulce Nazareno.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

Chile.

De Víctor Hugo

El mal de la presente época consiste en que predomina la materia. De aquí que se observe cierta pesadez. Precisa infiltrar el ideal en el alma humana. Y ¿dónde acudiremos por él? Adonde lo haya. Los poetas, los filósofos y los pensadores son las urnas. El ideal está en Esquilo, en Isaías, en Juvenal, en Alighieri y en Shakespeare. Verted a todos ellos en el alma profunda del género humano.

Verted a Job, a Salomón, a Píndaro, a Ezequiel, a Sófocles, a Eurípides, a Herodoto, a Teócrito, a Plauto, a Lucrecio, a Virgilio, a Terencio, a Horacio, a Catulo, a Tácito, a San Pablo, a San Agustín, a Tertuliano, a Petrarca, a Pascal, a Milton, a Descartes, a Corneille, a La Fontaine, a Montesquieu, a Diderot, a Rousseau, a Beaumarchais, a Sedaine, a Chénier, a Kant, a Byron, a Schiller; verted todas esas almas en el interior del hombre.

Verted todos los espíritus, desde Esopo hasta Molière, y todas las inteligencias, desde Platón hasta Newton, y todas las enciclopedias, desde Aristóteles hasta Voltaire.

De esta suerte, curando la enfermedad pasajera, devolveréis para siempre la salud al género humano.

Curaréis a la *bourgeoisie* y fundaréis el pueblo.

Ya lo hemos dicho: después de la destrucción que ha redimido al mundo, vendrá la construcción que lo consolidará.

¡Qué hermosa obra! ¡Hacer pueblo!

Los principios combinados con la ciencia, toda la cantidad posible de absoluto introducida por grados en el hecho; la utopía, considerada en sus diversos modos de realización, ya por la economía política, o por la filosofía, o por la física, o por la química, o por la dinámica, o por la lógica, o por el arte; la unión sustituyendo paulatinamente al antagonismo, y la unidad sustituyendo a la unión; tener por religión a Dios, por sacerdote al padre, por oración la virtud, por campo la tierra, por lengua el verbo, por ley el derecho, por móvil el deber, por higiene el trabajo, por economía la paz, por proyecto la vida, por fin el progreso, por autoridad la libertad y por pueblo al hombre; tal es la simplificación.

Y en la cima el ideal.

El ideal, es decir, el tipo inmóvil del progreso en marcha. ¿De quién son los genios, ¡oh pueblo! si no son tuyos? Ellos te pertenecen: son tus hijos y tus padres, pues tú los engendras y ellos te enseñan. Ellos hacen la luz en el caos. Se alimentan de tu savia, y se han agitado en la matriz universal, en la humanidad. Cada una de tus fases tiene su encarnación. Pero hay que buscar el punto profundo en donde germinan, porque tú eres su vientre. ¡Misteriosa muchedumbre! ¡De tus entrañas salen los genios!

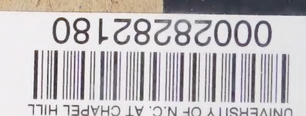
Por eso vuelven a ti

El autor, Dios, ¡oh pueblo! te los consagra.

VICTOR HUGO.

INDICE GENERAL




00028282180
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL